

Hernán Rivera Letelier

El secuestro de la
hermana Tegualda



Índice

Cubierta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

15

16

17

18

19

20

Créditos

*Me temo que el libro no les
parecerá bueno. No hay acción, no
hay personajes queribles, no hay
nada. El detective no hace nada.*

RAYMOND CHANDLER,
carta a Blanche Knopf

Viernes, 9.30 de la mañana. El Tira Gutiérrez llega al edificio Gómez donde tiene instalada su oficina. Viene apurado. Debo traer una cara de culo, piensa. Su insomnio crónico le hizo pasar una noche digna de ponerla en un marco y colgarla en una exposición junto a *El grito*.

Más encima, ya se mea.

En el lobby, el conserje y los dos guardias lo saludan reverenciales, ya saben que es un investigador privado como los de las películas, y el único de la ciudad. El más joven de los guardias —y el más reverente— mantiene abiertas las puertas del ascensor para que alcance a tomarlo (este guardia fue el que una noche, revisando las puertas de las oficinas, abrió de golpe la suya, que él olvidó cerrar por dentro, y lo sorprendió en cueros con una pelirroja en el sofá de terciopelo verde. Esto fue antes de conocer a la hermana Tegalda).

Ya en el ascensor, el Tira no quiere quedar frente al espejo, no quiere ver de qué tamaño le cuelgan las ojeras. Opta por ponerse frente a la única otra pasajera, una anciana que aprieta su cartera de plástico contra su pecho.

Las ojeras me deben colgar como el perigallo de esta viejita, piensa el Tira, y le hace un guiño.

La anciana lo mira de soslayo.

Él le pela los dientes.

La anciana se aferra a su cartera como un náufrago a su tabla de salvación.

Cuando comienzan a subir, el ronroneo de la ascensión le exacerba sus deseos de sacarse la pinga, como dicen los cubanos, y vaciar la vejiga ahí mismo. Cuba. La Habana. El recuerdo de su estadía en la isla logra que olvide un poco sus ganas diuréticas.

Piso doce.

Antes de salir del ascensor se despide de la anciana con una sonrisa de hombre bueno. Luego saca las llaves de un bolsillo de su chaqueta (su llavero solo tiene dos llaves: casa y oficina) y, con la vejiga a punto de reventar, camina rápido los veinte pasos que hay del ascensor a la puerta de su oficina. ¿Cuándo se le ocurrió la tontera de contar esos pasos? Seguro debió ser un día más relajado que este. Llega a la puerta, introduce la llave, empuja y saluda:

Buenos días her...

La hermana Tegalda no está.

Al cerrar la puerta tras de sí, pisa un sobre que blanquea en el gris de la alfombra. No se molesta en recogerlo. Quitándose la chaqueta y dejándola caer en un sillón, pasa directo al baño.

Antes de llegar ya se ha sacado la pinga y, con ella en la mano, levanta la tapa, apunta y aaaaaaaaaah.

El largo suspiro de alivio suena más a gemido de actor porno. Desagua copiosamente, desagua con los ojos cerrados para no posar la mirada en los azulejos de las paredes. Es que la imagen que atormenta sus amaneceres, la imagen que su mente se ha formado del insomnio, es una vasta y encandilada sala revestida toda de azulejos blancos.

Ahora último, para rematar el cuadro, además del insomnio está teniendo problemas de diuresis. ¿Será por el excesivo consumo de té? Tendrá que ver a un matasanos. Con la antipatía que les tiene a esos tipejos. Sobre todo a los que se creen dioses y ni siquiera miran a los ojos del paciente mientras lo atienden. Algunos ni hablan. Hipócrates hipócrita.

Termina de mear, abre los ojos y da un resoplido de alivio a su mechón blanco. Cuando al salir del baño se deja caer en el sofá de terciopelo verde, un olor que parece venir del balcón o del clóset de los útiles de aseo le hace arriscar la nariz. Inhala para captar de qué se trata, pero ya no lo siente. Mira hacia el balcón: acurrucados y flemáticos, John y Yoko retozan al sol plácidamente. Seguro que esos pajarracos acaban de darse un festín de perro muerto detrás de los cerros. Y vuelve a despatarrarse en el sofá.

Qué ganas de dormir un millón de años.

Y podría perfectamente hacerlo pues no hay mucho trabajo. En verdad no hay nada de trabajo, las cosas hace rato que no caminan muy bien en la agencia. Siente ganas de incorporarse, ir a su computador a poner música, pero se arrellena más en el sofá. Al apoyar la cabeza en uno de los cojines, el terciopelo arestinado le raspa la nuca. Con razón la hermana le viene reclamando hace días que ya va siendo hora de renovar el living. ¿Y por qué no mandarlo a tapizar nomás, hermana?, se ha resistido él. Pero que sea de otro color pues, oiga, por Dios.

¿Y qué tiene de malo el verde, si me hace el favor, hermana?

Este verde reja de comisaría es irritante, caballero. ¿O es usted daltónico?

El Tira se ríe solo.

Mira la hora en su celular: 9.37.

Raro. La hermana jamás llega después de él, y él ha llegado media hora tarde. Ella no acostumbra a darse esos relajos. Y si hubiese tenido que hacer algún trámite lo habría llamado. O se lo habría dicho ayer en la noche, cuando lo fue a dejar a su casa en su escarabajo amarillo y se quedó un rato con él, y terminaron «entendiéndose», como dice ella.

Se acuerda entonces del sobre en la puerta.

Puede que sea un nuevo caso.

Se para a recogerlo y vuelve al sillón. Es un sobre apaisado sin nada escrito, ni nombre, ni dirección, ni remitente. Lo único que exhibe es la marca de la suela de su zapato. Lo rasga.

Dentro, una hoja de oficio doblada en tres.

La despliega.

Lo que aparece ante sus ojos es una nota escrita, en cursiva, en un procesador de textos. Lee. Queda atónito.

Vuelve a leer:

Tengo a la señorita Tegalda. Si la quiere viva siga las instrucciones. Vaya a la playa El Cable y busque en la letra N.

Ni en vehículo, ni andando, ni corriendo. Debe ir en marcha olímpica. Y sin quitarse la chaqueta. No involucre a la policía. Estará vigilado todo el tiempo. Mientras más rápido haga el recorrido, mejor para ella. Marche ahora, o ella muere.

Más loco que un zapato

El Tira siente que cae en un vacío, como si de golpe lo hubiesen puesto en una campana de vidrio y sumergido en las profundidades de un lago turbio. Atolondrado, sumido en un frangollo de conjeturas, sospechas, presunciones, se ha quedado mirando la nota como caído en trance. Hasta que un ruido de aleteos en el balcón lo trae de vuelta a la realidad. Lo hace reaccionar.

Toma entonces su teléfono y marca el número de la hermana: *Lo sentimos, el teléfono al que usted llama se encuentra apagado o fuera del área de cobertura.*

Marca de nuevo.

Lo mismo.

Se para de un salto, recoge su chaqueta y, antes de salir hecho una exhalación de la oficina, toma un cojín y lo lanza contra los ventanales, afectuosamente.

John y Yoko ni se inmutan.

El Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda hacía poco que habían vuelto de Cuba, país hasta donde viajaron contratados por un magnate antofagastino. Misión: encontrar a su hijo desaparecido en la ciudad de La Habana. Aun cuando su viaje no fue de placer (incluso en los vaivenes de la investigación estuvieron a punto de morir), les sirvió a ambos para darse cuenta de un hecho indesmentible —aunque hasta ese momento ninguno de los dos era capaz de reconocerlo—: que se habían enamorado hasta la raíz del pelo. Tanto así que de regreso al país no se demoraron un día en iniciar una relación que ahora mismo los tiene convertidos en una pareja casi de novios.

Aunque al principio lo pensaron —lo pesaron y sopesaron—, terminaron decidiendo que su relación sentimental no era impedimento para continuar trabajando juntos en su agencia de investigadores privados. Sin embargo, sí hubo ciertos inconvenientes los primeros días. El Tira Gutiérrez no quería, por ejemplo, ahora que eran pareja, que ella saliera mucho a terreno, y trataba de convencerla de que se ocupara de los asuntos de la oficina, mientras él se encargaba de salir a la calle a hacer las diligencias pertinentes a las investigaciones.

Pero la hermana se las cantó clarito. Así no va a funcionar el asunto, caballero, le dijo. O seguimos trabajando como antes o cortamos ahora mismo esta relación y volvemos a cero.

En primera instancia la hermana ganó la partida y siguió acompañándolo a la calle. Pero surgió otra contrariedad: la sobreprotección que ejercía él sobre ella no la dejaba actuar tranquila en las pesquisas en terreno. Mientras vigilaban la casa de la amante de un marido infiel, por ejemplo, o cuando de noche seguían a corta distancia a un sospechoso de robo, él andaba pendiente de ella, asistiéndola, vigilándola, convertido poco menos que en su guardaespaldas personal. Y de ese modo —ambos lo tenían claro— ninguno de los dos podía hacer bien su trabajo.

De modo que a la hermana no le quedó más remedio que llamarlo de nuevo a terreno y ponerle los puntos sobre las íes, hacerle saber cuántos pares son tres moscas, como decía su abuelita.

Que la cortara con su lesera, le dijo. Pero que la cortara en serio. Y para hacerle ver que no necesitaba de ningún ángel custodio, que le bastaba y sobraba con la protección del Señor su Dios, le exigió que la dejara investigar sola el único caso en carpeta por esos días: un asunto de infidelidad entre una pareja gay. En seis días la hermana Tegualda lo tenía casi resuelto, sin ayuda de él. Solo le faltaba llevar a cabo una diligencia y el caso quedaría cerrado.

Y no era que el asunto no revistiera peligros, pues hasta ahora tuvo que recorrer sola varias

discotecas y bares gay haciendo preguntas indiscretas que no a todo el mundo le hacían gracia. Al final el Tira Gutiérrez tuvo que resignarse y dejarla trabajar en paz, como antes de que fueran pareja.

Sin embargo ahora último, en lo referente a la demanda de trabajo, las cosas no andaban muy bien. No aparecían casos de envergadura, solo minucias que eran resueltas en pocos días, casos relativos a infidelidades amorosas, como había sido desde un comienzo. Y en las dos últimas semanas nada. Nada de nada. Ni siquiera una mascota extraviada, cuestión que para él —que no era precisamente un animalista— era lo más humillante de investigar.

Tan mal andaba de clientes la agencia que días antes, por una salida de madre del Tira, estuvieron a un tris de su primera pelea seria como pareja.

Fue una tarde calurosa en extremo. En la oficina el calor parecía reverberar desde la porosa alfombra de color desierto extendida de pared a pared. Mientras esperaban alguna llamada telefónica o la aparición en la puerta de algún cliente, él oía su colección de boleros de Cuco Sánchez, y bebía el agua ya tibia de una botella de plástico; ella, abanicándose con una revista evangélica, repasaba por milésima vez su pequeño Nuevo Testamento.

De pronto, el Tira Gutiérrez puso pausa al bolero «Nuestro gran amor», uno de sus preferidos, se desperezó ruidosamente en el sillón y, resoplando su mechón blanco, se paró y caminó hasta el ventanal del balcón.

Eran las seis de la tarde y afuera, tras los vidrios del ventanal, el atardecer se cocinaba a fuego lento. Así como el invierno pasado había sido uno de los más fríos de los últimos años, este verano parecía venir dispuesto a incendiar la ciudad por los cuatro costados. Sus banderas de fuego ya comenzaban a flamear en el aire.

Parado ante el ventanal, de espaldas a la hermana, se puso a mirar hacia los edificios circundantes y más allá, hacia las casas enclavadas a medio cerro. Tras un rato de contemplación, se largó a despotricar en voz alta que al parecer esta ciudad del diantre se había convertido en un paraíso, en un edén, en el país de Jauja, en un lugar donde las cosas transcurrían en perfecto orden y concierto. ¿Qué pasa allá afuera, carajo?, hablaba en un teatral tono de charlatán de feria, sin dejar de mirar hacia afuera. ¿Acaso ya nadie roba en esta ciudad, nadie mata, nadie fornicar, nadie desea a la mujer de su prójimo? ¿Acaso nadie tiene nada que investigar en estas putas calles?

Desde su sillón, la hermana le habló sin volver la cabeza para mirarlo, solo levantando la vista de su lectura y mirando un punto en el aire, tal como hablaría una médium con un espíritu un tanto borroso:

¿Y eso le parece malo, oiga?

Más que malo, pues hermanita. ¿No le parece a usted que los diez mandamientos están atentando contra nuestro trabajo?

Ahí la hermana se puso seria, cambió de hombro su moña y, con toda la parsimonia del

mundo, dejó el Nuevo Testamento en el posabrazos del sofá —abierto en el libro de los Corintios—, y giró su torso para mirarlo de frente.

No sea blasfemo, oiga, le dijo. Dios lo puede castigar.

Y retomó su lectura.

El Tira no contestó, apoyó las manos en los vidrios del ventanal y fue bajando hasta quedar acucillado de frente a la ciudad. La tibieza de los vidrios subrayaba el calor ambiente.

Así se quedó un buen rato.

Las siluetas de John y Yoko, acurrucados en el pretil del balcón, se recortaban impávidas contra el azul del cielo. Después comenzó a pararse sin despegar las manos del ventanal, aunque esta vez las palmas húmedas se le pegaban como ventosas a los vidrios. Cuando terminó de ponerse de pie, fue hasta el sofá a disculparse con la hermana.

Disculpe mi estupidez, hermana —se sentó a su lado—. Usted sabe cómo soy.

Un deslenguado, pues oiga.

Él la abrazó, le acarició la cabeza, la besó por toda la cara. Usted tiene razón, hermana, le decía, soy un papanatas, y la seguía abrazando, acariciando, besando. Ella en el primer momento no correspondió a sus agasajos, solo se dejó hacer simulando estar enojada. Después, de a poco, mientras sentía su áspera lengua de gato triangulándole con sabiduría lóbulo, cuello y labios, comenzó a suspirar y a jadear bajito hasta que dejó caer el Nuevo Testamento de sus manos y se unió a su abrazo. Y en tanto él, susurrándole versos del bolero que había estado oyendo, *como el aire hace falta en el mundo / así me haces falta tú*, abría cremalleras, desabotonaba botones y desabrochaba broches, ella, ya vencida y ganada por el deseo, deshacía su moña para dejar libre su cabellera trigueña.

Media hora más tarde, cuando el calor y la penumbra del atardecer parecían haberse desleído en el clima de la oficina, terminaron tirados de espaldas en la alfombra, uno junto al otro; los dos desnudos, los dos brillantes de sudor, los dos embobecidos de placer. Sin hablar. Un silencio tibio, como una impalpable sábana de seda, descendió sobre ellos por largo rato.

Ella rasgó el silencio.

Lo hizo pausadamente, casi deletreando las palabras, como si lo que decía lo estuviera leyendo en las manchas del cielo raso. Dijo: *La ociosidad es la madre de todos los vicios*.

Él, con los brazos cruzados en la nuca y la vista fija en la nada, se demoró un poco en reaccionar. Se confundió, hermana, dijo, ese no es un versículo bíblico.

Por supuesto que sé que es un refrán, suspiró ella con resignación, un lugar común, un cliché como dicen los siúuticos. Pero no me va a negar que es una verdad absoluta, ¿no?

Él podría haber dicho que era mejor el ocio que el mal negocio. O sacar a colación el ocio creador y todas esas perogrulladas, pero guardó silencio.

Pasado otro momento, ella giró su cuerpo hacia él: Vamos a tener que hacer algo al respecto, oiga —lo besó en la punta de la nariz—, o terminaremos convertidos en un par de viciosos.

El Tira Gutiérrez le devolvió el beso.

Luego se paró y comenzó a vestirse. Mientras se vestía se le ocurrió decir en forma festiva, casi sin pensarlo: Tiene razón, hermana, ya nos estamos pareciendo a John y Yoko.

Apenas lo dijo, se arrepintió.

Era imposible, no podía decir una frase sin que metiera su cola la serpiente de la ironía. O, peor todavía, el cocodrilo del sarcasmo.

No sea desagradable, oiga —le reclamó la hermana—. Es la comparación menos romántica que se le pudo haber ocurrido. Su Cuco Sánchez se debe estar retorciendo en la tumba.

Ella siempre le andaba señalando ser más prudente en cuanto a su relación amorosa. Decía: Deberíamos ser más profesionales, oiga, y tratar de no «entendernos» en horas de trabajo, y menos en la oficina.

Al decirlo, sus mejillas se ruborizaban. Aunque luego no se daba ni cuenta —como ahora mismo acababa de ocurrir— cuando se veía abrazada a él, oyéndole susurrar sus cursis versos de boleros y cediendo a sus avances hasta «entenderse» sobre el arestinado sofá de terciopelo verde.

Es difícil, oiga, no tentarse e irse por lo dulcecito, se justificaba después ella.

Claro que sí, hermana, como cuando niños nos comíamos la fruta del ponche, y nos íbamos por lo dulcecito hasta que, sin darnos cuenta, terminábamos borrachos como cerezas.

Apenas termina de hacer la comparación, se queda pensando:

¿La habré embarrado de nuevo?

El Tira Gutiérrez sale de la oficina enloquecido. El Tira Gutiérrez no espera el ascensor: se lanza escaleras abajo los doce pisos. El Tira Gutiérrez emerge del edificio, se pone la chaqueta, mira hacia ambos lados de la calle: ¿Por dónde carajo saldrá más corto? ¿Por San Martín? ¿Por Latorre? Respira hondo, da un resoplido a su mechón blanco y, sin más retraso, comienza su marcha olímpica.

En medio de la gente que a esas horas ya colma el paseo peatonal, avanza la media cuadra que lo separa de Latorre, allí gira a la derecha, hacia el sur de la ciudad. Desde el Paseo Prat a la playa El Cable calcula cuatro kilómetros.

La mañana está que se inflama de sol.

El Tira Gutiérrez avanza marchando. Marchando y puteando contra el mundo de mierda en que vivimos, mientras la gente comienza a mirarlo sorprendida. El Tira Gutiérrez avanza y mientras avanza marca de nuevo el número de la hermana. Pero es en vano, ella no contesta.

La desesperación lo obnubila.

El Tira Gutiérrez trata de avanzar más rápido, de dar trancadas más largas. Si esto es una maldita broma él va a colgar de las pelotas al cabrón bromista.

Mira su celular: son las 9.46 de la mañana.

El Tira Gutiérrez ejecuta la marcha olímpica lo mejor y más rápido que puede, mientras algunos transeúntes se burlan aplaudiéndolo o tirándole pedos. Otros gritándole: ¡Dale cabrón, vas primero!

El Tira Gutiérrez avanza. Avanza a todo lo que puede dar un tipo de cuarenta y tres años que no duerme bien, que come frugalmente y que el mayor ejercicio que ha hecho en su vida — ejercicio extremo— ha sido bailar esos parsimoniosos boleros de Cuco Sánchez.

Y bailarlos solo.

Cómo se arrepentía ahora de no haber practicado algún deporte en su vida. Ni cuando niño, porque entonces a lo único que jugaba era a los detectives. Con una gran lupa que le regalaron sus padres para unas navidades, jugaba todo el día a buscar pistas y huellas digitales del último crimen aparecido en los diarios. Nunca corrió detrás de una pelota de trapo con sus amigos, nunca saltó la cuerda, jamás supo lo que es echar carreras.

«Echar carreras», piensa en voz alta mientras sigue marchando. Entonces se acuerda de algo olvidado en los vericuetos de la memoria y que lo pone en alerta: una vez participó en una

carrera compitiendo justamente en una marcha olímpica. Coursaba el sexto de preparatoria cuando, en un aniversario del liceo, al director se le ocurrió organizar unas Olimpiadas para promover el deporte entre los alumnos. Se dio a elegir en qué disciplina quería participar cada uno, y él y otros muchachos de su curso, de los que se sentaban en la última fila de pupitres, eligieron, por puro joder la pita, «esa competencia, Director, esa es en que los atletas caminan con el culo parado». Se llama «marcha olímpica», dijo el director. Y para que no se fueran en puro payaseo, les hizo investigar la técnica y las reglas de tal competencia. Él aún se acordaba de algo: en la marcha no se debía doblar las rodillas ni perder contacto con el suelo.

Extraña coincidencia, piensa ahora el Tira.

Y agilizando el paso, sigue marchando ante la risa de los malabaristas de semáforos y los limpiadores de autos que va hallando a su paso, y que le gritan obscenidades.

Los autos lo bocinan y él sigue marchando.

En la esquina de Uribe se da cuenta de que hasta ahí los semáforos, astrológicamente hablando, se han alineado todos en su favor y le han regalado solo luces verdes.

Algo bueno que suceda, carajo, se dice.

Y sigue avanzando.

Y avanzando cae en la cuenta de lo valioso que es para su trabajo el autito de su asistente, ahora la mujer de su vida. Debería pagarle por usarlo en las diligencias investigativas, aparte de la bencina que sí le paga. Y promete entonces que de ahí en adelante le pagará un bono extra. Y con cálculo retroactivo. Es más, se dice, hoy mismo, en cuanto dé con ella, se lo dará a conocer. Porque dará con ella, sí señor. La encontraré. Claro que la encontraré.

Y sigue marchando.

Ya está por llegar a la esquina de Copiapó. Un poco más allá está el puerto. Siente que le falta el oxígeno, siente que ya se le sale el corazón por la boca, pero sigue marchando.

Llega al puerto.

Ahí está el galpón azul de la discordia, el galpón donde se almacena el concentrado de cobre: los industriales aseguran que es hermético, que no contamina. Los ambientalistas, por su parte, con pruebas señalan las fugas. Y aseguran que toda esa parte circundante al puerto, incluida una escuela y una clínica de salud, está contaminada por partículas del concentrado de cobre. Para demostrarlo ante las cámaras de la televisión, pasan la mano por la pared de la escuela y la mano les queda negra del «polvo que mata».

El Tira Gutiérrez marcha.

Ya falta menos.

Ahora va desembocando en la Costanera. Y aunque supuso que ahí, junto al mar, sería más fresco el ambiente, no siente correr una hilacha de brisa. El calor es de caldera. Y eso que el verano aún no llega oficialmente. El cambio climático, dicen unos. Yo no creo en pendejadas, dicen otros.

Lo cierto es que antes en Antofagasta no se compraban estufas en invierno ni ventiladores en verano. Ahora ambos artículos se agotan a comienzo de temporada.

El Tira sigue su marcha.

Mejor pensar en estas pendejadas antes que comer caldo de cabeza imaginando qué le pueden estar haciendo a la hermana.

Y sigue avanzando.

Visto de reojo parece otro más de los tantos que corren cada mañana en la Costanera. Otro más de los que hacen *jogging*, como le llaman ahora. De modo que a nadie le resulta extraño ver a un tipo como él practicando esta disciplina.

¿Que lleva la cara descompuesta?

Puede ser cansancio.

¿Que no sabe coordinar los movimientos de pies y manos que exige la marcha?

Debe ser nuevo en esta disciplina.

¿Que en vez de ropa deportiva va enfundado en una chaqueta de cuero negra?

Querrá sudar el hombre.

Y el Tira Gutiérrez sigue marchando.

Aunque si lo estuviesen filmando y le hicieran un *close up* a su chaqueta, se vería clarito que algo le abulta el bolsillo interior. Algo así como una pistola. Sin embargo, los que lo conocen sabrían que no es sino su eterno triángulo de tostada con mantequilla, que lleva precisamente para simular una pistola.

El Tira Gutiérrez marcha.

Marcha en medio de los que corren por deporte, de los que corren para quemar grasa, de los que corren por prescripción médica. El Tira marcha por la vida de la mujer que necesita a su lado como nunca pensó necesitar a nadie.

Con los ojos aguados. Con la desesperación atorada en la garganta, pese al cansancio y a la impotencia que siente, sigue marchando.

El Tira sigue marchando.

Un abuelo de buzo Adidas, zapatillas con reflectante y un cintillo a lo Rambo en su pelambre canosa, pasa trotando a su lado con tranco largo, elástico, como de corredor de maratón. Dos trancadas adelante el abuelo, que andará por los noventa años, se voltea y, con aire socarrón, le hace una seña de adiós.

El Tira se siente humillado. ¡La puta que lo parió!

Sin dejar de marchar, bañado en sudor, el Tira Gutiérrez llama de nuevo al celular de la hermana. Ya van seis o siete llamados en vano. Su teléfono permanece apagado. Se maldice a sí mismo por no haberle pedido nunca el número de su madre.

El Tira Gutiérrez marcha.

Marcha sin querer pensar en lo que le puede estar ocurriendo a la hermana. Ojalá que aquí aún

no hayan llegado los secuestros violentos de los cárteles de la droga. «Que el señor nos ampare», se dice, imitando inconscientemente el tono evangélico de la hermana Tegalda.

Y sigue marchando.

Lo mejor es darse ánimo, no perder la calma, no pensar barbaridades. Pero, aunque no lo quiera, se va rompiendo la cabeza tratando de imaginar a quién creta le habrá hecho tanto daño para querer vengarse de este modo. Quién puede ser el maldito. O la maldita. O los malditos.

El Tira Gutiérrez marcha.

La playa El Cable ya está a la vista. Bien. Faltan menos de dos cuabras. A esas alturas siente que se le acalambra cada músculo del cuerpo, pero con gran esfuerzo sigue adelante, sigue avanzando. Nunca en su vida ha sudado tanto. Son torrentes de sudor los que corren debajo de su ropa.

La playa a lo lejos se ve vacía.

La playa El Cable no es apta para bañarse. Desde hace un tiempo se ha convertido en dormitorio de vagabundos. Por las noches suelen instalarse ahí con sus cartones, sus plásticos y sus carpas cochambrosas; miserias que durante el día llevan por la ciudad en esos carritos de supermercado (ahora mismo, cada uno tiene un carrito aparcado en la entrada de su carpa como si fuera su automóvil). La mayoría de ellos son emprendedores del parche curita.

Con la chaqueta de cuero pesándole como si fuera de plomo, el Tira Gutiérrez ha marchado casi veinticinco minutos y está desfalleciente. Ya no le queda aliento ni para soplar el mechón blanco. Pero no se da por vencido.

Y sigue marchando.

Al asomarse a la escalera de acceso de la playa, lo primero que ve es un grafiti celeste pintado en el muro de fondo. Una letra N y una S gigantescas. Demasiado fácil resultó hallar la pista, piensa preocupado el Tira. Esto parece más un juego de niños. Si este papanatas está tratando de imitar al Guasón y sus acertijos, lo está haciendo muy mal.

El Tira Gutiérrez quema sus últimas fuerzas y baja la escalera y marcha por la arena en dirección al grafiti. Por la arena la marcha se hace más pesada y, a diez pasos del muro, siente que la cabeza le da vueltas, el aliento se le corta, tiene espasmos.

Vomita.

¡Concha de su madre!, putea.

Luego, como los gatos, cubre su vómito con arena, se pone de pie y se acerca al grafiti.

La muralla donde está pintado es un mosaico de piedra bruta, y en la cola de la letra N hay un agujero entre dos piedras separadas. El Tira mete la mano y saca un sobre igual al de la oficina. Pero este, además de la hoja doblada en tres, contiene un bultito envuelto en papel de diario. Antes de leer la hoja, abre el pequeño envoltorio y casi vomita de nuevo.

Es un dedo. Un dedo humano. Un dedo de mujer con un anillo. El Tira Gutiérrez reconoce el anillo y se deja caer de rodillas en la arena.

¡Hijo de puta!, susurra llorando. ¡Hijo de puta que lo parió!, repite dando un puñetazo al muro de piedras.

¡Hijo de las mil reputas!, grita impotente.

Luego, con el cuerpo temblándole y los ojos enlantados, despliega la hoja doblada en tres. El mismo papel con el mismo tipo de letra, escrito en cursiva:

*Ahora a marchar hacia las Ruinas de Huanchaca. Buscar triángulo escaleno frente al casino.
Menos se demora, mejor para ella.*

Y no olvide que en las olimpiadas hay jueces a la orilla de la ruta vigilando que se cumplan las reglas de la marcha.

Más loco que un zapato

El Tira guarda el sobre en el bolsillo derecho de la chaqueta, donde tiene el otro, y el envoltorio con el dedo en el izquierdo.

¡Ya verá ese cabrón hijo de perra!, dice. Y antes de echar a marchar de nuevo se arrincona entre el muro y la escalera para orinar por tercera vez. La primera fue al despertar.

A la hermana Tegualda le parece estar despertando de un sueño profundo, cerrado, oscuro, como emergiendo a través de tupidas capas de gasas y visillos pegajosos, sofocándose, ya sin aire en los pulmones, quiere manotear y no puede, quiere abrir los ojos y no puede, quiere abrir la boca y gritar a todo aire, y no puede, casi no puede respirar. A medida que recobra la conciencia, la hermana va vislumbrando su situación: está atada de pies y manos, está amordazada, le vendaron la vista y, por el silencio que resuena en su cráneo, debieron de taponearle también los oídos. Como no ve ni oye nada, no atina a conjeturar dónde se encuentra, o a calcular cuánto tiempo ha pasado, cuánto tiempo ha estado inconsciente, puede haber sido solo un momento o todo un día. Lo raro es que no registra dolor alguno, pero tampoco siente su cuerpo. Es como si la hubiesen anestesiado. Piensa *anestesiado* y se percata del olor a cloroformo que late aún en sus narices. Cloroformo. Comienza a recordar y se asusta. Tal vez no tiene la vista vendada sino que le arrancaron los ojos. Tal vez no está maniatada sino que le cortaron las manos. Tal vez... ¿Por qué este temor macabro? Porque su memoria acaba de sintonizar, como una onda de radio captada en la profundidad de la noche, algo que le oyó musitar a su atacante antes de que el cloroformo le hiciera efecto. La palabra *pedacitos* es la que más le resuena. ¿Cómo era lo que le oyó decir? «La cortaré en pedacitos y se la mandaré pedacito por pedacito a ese papanatas.» Eso le oyó decir. Y era chillón su tono de su voz. Sumida en un silencio y en una oscuridad absoluta, ya recobrada la conciencia, la hermana Tegualda clama al Señor: ¡Cúbreme con tu sangre, Señor!, dice. Y mientras clama y reclama a Dios para que la rescate de su cautiverio, pantallazos de lucidez comienzan a relumbrar en su mente, y como en una sinopsis de película va recordando y conformando los hechos sucedidos. Es una mañana de sol y ella se ve feliz llegando al edificio, entrando al lobby, saludando a los guardias, arreglándose el cuello de su blusa en el espejo del ascensor. Se ve feliz bajando en el piso 12 y echando a caminar los veinte pasos que hay desde el ascensor a la oficina (esto se lo dijo una vez el Tira). Oye resonar sus tacones en la baldosa del pasillo y eso le causa un placer sensual (desde que está de novia con su jefe ya no usa esos toscos zapatones de hombre). Feliz de la vida se ve abriendo la puerta de la oficina, pensando qué chiflado es este caballero, a él nomás se le ocurre contar los pas... En ese momento la agarraron por la espalda, le pusieron un trapo empapado de cloroformo en las narices y la empujaron hacia adentro. Ella corcoveó fuerte para liberarse y aunque hizo trastabillar a su atacante, este cayó encima suyo, sin quitarle el trapo de las narices. Aquí las imágenes se desvanecen. Todo se

vuelve oscuro. De su agresor lo único que alcanzó a vislumbrar, antes de perder el conocimiento, es que llevaba algo rojo en la cabeza. ¿Era hombre? ¿Era mujer? No podría decirlo.

Por esos días el planeta se hallaba amenazado por los misiles nucleares de esos tan simiescos como siniestros líderes políticos: el papanatas de Estados Unidos, el sicópata de Rusia, el orate de Corea del Norte. Por esos días en Chile el Gobierno de derecha comenzaba a expulsar a los migrantes como si fueran leprosos y en la Araucanía los carabineros asesinaban al joven mapuche Camilo Catrillanca. Por esos días en Antofagasta los problemas de contaminación —el polvo del concentrado de cobre en el aire, el arsénico en el agua— seguían causando muertes en la población sin que ninguna autoridad se dignara a ponerle coto.

El Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda, ya sea en la oficina o en una mesa de café o en el interior del escarabajo amarillo, además de ronronear su romance, no podían dejar de opinar — como todos en todas partes— sobre lo mal que andaban las cosas en el mundo.

Para que usted sepa, caballero, decía la hermana, todo esto está anunciado en la Biblia. Son las señales que anuncian el fin de los tiempos. Y tenemos que prepararnos pues ya vienen las pestes, las plagas, las

pandemias. Así está escrito por el apóstol Juan en el libro del Apocalipsis.

No seamos tan pesimistas, hermana, replicaba el Tira Gutiérrez. Usted misma ha dicho siempre que Dios es amor. Por lo mismo algo hará Él que nos salve a última hora.

Claro que Dios es amor, oiga, pero también es fuego consumidor. No lo olvide.

Nunca, desde que se conocieron, y aún ahora que llevaban un buen tiempo de relación sentimental, el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda se habían tuteado. Y esto era en público y en privado. Ella por costumbre familiar —sus padres se trataban de usted—, él por seguirle el juego y porque le parecía de lo más erótico que lo tratara de usted en la intimidad.

Aunque ella ha cumplido recién veintitrés años y él ya frisaba los cuarenta y cuatro, para sus amigos eran la pareja perfecta, una pareja en la plenitud de su romance. Sí, decía el Tira Gutiérrez riendo, el nuestro es un idilio de tarjeta postal. Y cuando alguien les sacaba a colación la diferencia de años, la hermana saltaba para decir que la edad es un mero accidente. Un detalle de calendario.

Prueba de que su romance era algo más sólido que un simple pololeo era el hecho de que, solo

unos días atrás, el Tira, en un arrebato de sensiblería inédita en él, sin una fecha especial de por medio, le regaló un anillo de unos cuantos quilates, con su nombre grabado y todo.

Fue en la oficina, a la hora de salida.

Tómelo como prueba de que la amo hasta la tontera, hermana, le dijo. Y al instante se sintió baboso al ver que solo le faltó poner una rodilla en tierra y besarle la mano.

Ella, entrecerrando los ojos para leer su nombre grabado en letra gótica, se burló de él apuntando a su tirria contra la institución matrimonial, tirria exacerbada y fermentada después de que su exmujer lo dejó para irse con otro:

¿Acaso esto significa un paso hacia su reconciliación con el sagrado vínculo matrimonial, caballero?

El Tira Gutiérrez asimiló el golpe. La abrazó, la besó en los labios suavemente y respondió, imitando la voz de un astronauta llamando a Houston desde el espacio: Es un pequeño paso de un hombre enamorado, y un gran paso para el amor universal.

La iglesia a la que asistía la hermana Tegualda, una de las más estrictas entre las iglesias evangélicas, prohibía a los miembros femeninos de la congregación llevar cualquier clase de joyas, falsas o verdaderas, todas eran chiches del demonio.

Y ella, consagrada creyente en el Señor, siguiendo los preceptos de su religión, nunca usaba ni siquiera un gancho de alfiler para el pelo. Su eterna moña de joven cristiana se la apercollaba férreamente con un elástico negro. Sin embargo, recibió el anillo del Tira entre saltos y grititos de júbilo y, sin pensarlo ni un momento, se lo puso de inmediato en el dedo del corazón.

Le quedó perfecto.

Tras quedarse un rato mirándose la mano con la devoción de una novia en la ceremonia de intercambio de argollas, se colgó de su cuello y lo besó largamente. Como sucedía siempre que comenzaban a besarse, se fueron dejando ir por lo dulcecito —por la fruta del ponche, como decía él— hasta caer embriagados sobre el sofá de terciopelo verde y terminar rodando abrazados en la áspera alfombra de color ceniza para ella, de color desierto para él.

Según la definía la hermana Tegualda, su relación sentimental con el Tira de tan perfecta llegaba a ser célica. Sin embargo, en el fondo de sus corazones, ambos sentían que lo que estaban viviendo no les bastaba. No les alcanzaba con besarse y acariciarse y terminar «entendiéndose» en la oficina. Ellos no querían tanto, querían más. Y en los últimos días, así como al desgaire, habían empezado a hablar de ponerse a vivir juntos. Él hablaba de arrejuntarse. «Arrejuntar los monos», como se decía en la pampa. Ella, por su lado, hablaba directamente de casarse, de contraer el sagrado vínculo matrimonial, como mandaban las Sagradas Escrituras. Lo otro es pecado, caballero, decía.

Él defendía su postura con el argumento, untado de ironía, de que el sublime poder del amor, hermanita, nos redimiría de toda culpa y pecado. Ella replicaba que eso iba bien en un bolero de su Cuco Sánchez. Él decía...

No, él ya no lograba decir más. Solo le quedaba oír y resoplarse el mechón, porque la hermana se tomaba la palabra y coronaba la discusión con que si la pretendía como su mujer para toda la vida, primero debía tramitar y obtener el divorcio, y luego pedirla en matrimonio a su padre. A mí no me han criado para vivir amancebada con nadie, decía. Y agregaba que si alguna vez el caballero le pide el sí ante el altar —el altar de su iglesia, por supuesto— y ella tiene a bien concedérselo, entonces se irían a vivir juntos sin ningún inconveniente, pero como corresponde ante los ojos de Dios: como esposo y esposa.

Eso sí, oiga, concluía categórica la hermana, nos vamos a vivir juntos a *nuestra* casa. Ni a la casa de mis padres, ni mucho menos a su pocilga alledaña a los Hare Krishna.

El Tira Gutiérrez la oía en silencio, sonriendo, refocilándose para sus adentros. Y es que ella ignoraba que él, sin decirle nada a nadie, ya se hallaba tramitando su divorcio. Pero su ex, que en principio ella misma le había pedido que se divorciaran, ahora se negaba a darle la firma así como así. El Tira lo previó cuando días antes supo que el «operador de maquinarias pesadas», como a ella le gustaba presentar a su última pareja, la dejó por una colombiana.

En sus tiempos de casados en la pampa, cuando ella quería sacarlo de quicio, le cambiaba el nombre: en vez de Recaredo, le decía Recadero. Y así lo llamó la última vez que se vieron en los Tribunales de Familia, cuando ella captó un brillito nuevo en los ojos del Tira y se dio cuenta de inmediato de lo enamorado que estaba. Mire señor Recadero, le dijo en el peor tono de mujer despechada, si quiere mi firma tendremos que comenzar a negociar. Y como yo no quiero ver más su cara de enamorado baboso, de ahora en adelante se entenderá con mi abogado.

Y lo que pedía su ex graficaba la calaña de mujer con la que estuvo casado durante ocho años. Según el abogado, su clienta no pedía dinero. No señor. Solo le daría el divorcio a cambio del escarabajo amarillo en que se le ha visto pasearse por la ciudad. A él le quedó claro que solo quería causarle daño a la hermana, a quien le agarró ojeriza nada más conocerla.

El Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda siempre recordaban la vez en que se encontraron a boca de jarro con su ex acompañada de un tipo al que presentó como su pareja, la segunda que el Tira le conocía desde su separación. Él aún se admiraba de cómo la hermana, a quien por esa fecha recién venía conociendo, lo defendió frente a la agresividad celosa que esgrimió su exmujer.

Es que delante de ella se veía tan pollito usted, oiga, se burlaba la hermana.

El encuentro sucedió un mediodía en la terraza del Café del Centro. Ellos ya salían del local cuando llegaron. Luego de un frío saludo y presentar a su nuevo amor como «Operador de maquinarias pesadas» (un patizambo que caminaba a lo John Wayne, las piernas arqueadas y los brazos abiertos), su ex se quedó mirando a la hermana de arriba abajo:

¿Así que tú eres la nueva víctima?

La hermana no dijo nada.

Pobrecita, prosiguió la mujer, no sabes con la nulidad de hombre que te has metido. Aparte de

mal proveedor, como amante es lo más aburrido que hay en el mundo. Lo único gracioso que tenía cuando lo conocí, era ese mechón de pelo blanco, que ahora más parece cagada de paloma, que otra cosa.

La hermana Tegalda, que pudo haber guardado silencio y no entrometerse en el asunto, hizo todo lo contrario: tomó del brazo al Tira como si de verdad fueran amantes, lo miró a los ojos, y batiendo las pestañas como una *femme fatal*, dijo alegremente:

No hay hombres nulos, señora; hay mujeres que no saben apreciarlos.

Qué sabes tú, mocosa.

Mi nombre es Tegalda, señora.

Y a mí qué me importa.

Por favor, dama, yo no la conozco, así que no venga usted a prepotearme.

Siempre que recuerdan el episodio, el Tira le pregunta, riendo, que de dónde carajo sacó esa palabrita.

No sé, verbalicé el adjetivo sin darme cuenta. Lo que sí tuve claro, agrega ya con gravedad de religiosa la hermana, es que con ella no iba a malgastar un versículo bíblico. Porque como dicen las Sagradas Escrituras, y lo dicen muy clarito:

No hay que tirarle perlas a los cerdos.

Para ambos aquella fue la primera vez que sintieron, o presintieron, que terminarían juntos y enamorados como dos adolescentes.

El Tira Gutiérrez respira hondo, resopla su mechón blanco y se lanza de nuevo a marchar. No deben ser más de dos kilómetros hasta las Ruinas de Huanchaca, se dice en voz alta, tratando de darse ánimo.

Y marcha.

Le parece que ya no va a resistir mucho más. Siente que sus piernas flaquean. En verdad siente sus piernas como de lana. El Pata de Lana le decían a un amigo de la infancia, allá en la pampa. El pobre era un poco lerdo y pasaba todo el tiempo cayéndose.

El Tira Gutiérrez marcha.

Con el dedo de la hermana Tegualda palpitándole en el bolsillo de su chaqueta, tratando de no torturarse imaginando lo que debía estar sufriendo la pobrecita, el Tira Gutiérrez marcha.

Por la Costanera hacia el sur, marcha.

Y por no pensar en barbaridades que conlleven la integridad de la hermana, trata de fijar su atención en cualquier cosa que lo distraiga.

Las luminarias, por ejemplo.

En la cúspide de cada una se ven posados dos o tres patos yecos, sus churreteadas nauseabundas blanquean el piso alrededor en una perfecta redondela. Recuerda que una vez le dijo a la hermana que al pasar por debajo de estas luminarias debía fijarse para qué lado tenían vuelto el culo los patos y pasar por el lado opuesto si no quería ser víctima de una de sus rociadas. Que el ácido de su guano es tan fuerte que se han secado árboles de plazas y parques en donde han hecho nido estos pajarracos.

El Tira Gutiérrez marcha.

Casi llegando al Balneario Municipal, desde uno de los vehículos que pasan en sentido contrario le tocan la bocina. Apenas alcanza a ver que es el auto de su amigo Ricardo Rojas, o Richard Red como a él le gusta que lo llamen. El Tira no tiene ánimo ni de levantar la mano y saludarlo.

Y sigue marchando.

De pronto un pensamiento se le cruza por la mente, un pensamiento negro como sombra de jote. Pero lo deshecha enseguida. No, se dice. No puede ser. Estoy loco.

Sin embargo, el pensamiento persiste.

Y mientras marcha le va resonando en su cabeza: bien se sabe en el ambiente policial que el

primer sospechoso de un crimen es el o la cónyuge de la víctima.

Sí, pero no puede ser.

Aunque se sabe que por despecho se puede llegar a hacer cualquier locura...

Imposible.

Trata de marchar más rápido como para dejar atrás ese mal pensamiento. No puede. El puto pensamiento sigue marchando con él.

¿Y si realmente fuera su ex?

La pregunta es tan fuerte que lo hace detenerse, encorvarse, boquear de cansancio.

Trata de convencerse de que no puede ser. Además, la firma en las notas es masculina. *Más loco que un zapato*. Pero, claro, eso no es ninguna garantía de que no pueda ser una mujer.

Retoma aire el Tira y sigue marchando.

Y aunque él no quiera, el pensamiento, devenido ya en sospecha, avanza a la par con él. Como un Pepe Grillo lo va punzando, irritando, mortificando. Piensa bien, idiota, así como la bruja ha tenido el descaro de pedir el escarabajo de la hermana para darte el divorcio, perfectamente podría ser capaz de...

No, dice él.

Ella puede ser mala, pero no maligna.

¿Y cuál es la diferencia?, insiste Pepe Grillo. Él piensa en lo que contestaría la hermana: Malo es cualquier ser humano, oiga, maligno es el demonio. Pero si no es ella, quién cresta es entonces, se rompe la cabeza el Tira Gutiérrez.

Y sigue marchando.

Jadeando.

Bufando.

Resoplando.

Mientras su cuerpo sigue por la Costanera, su mente se va por las huellas de tierra de su memoria, tratando de recordar a los más perversos personajes que ha perjudicado en sus investigaciones, tipos que serían capaces de hacerle esto que le están haciendo y mucho más.

¿El violador del cementerio?

Está muerto.

¿El Nylon?

Ese está preso.

¿El Rambo?

Está enterrado en Cuba.

¿Y si fuera alguien ligado a la investigación por infidelidad gay que está llevando la hermana?

El Tira Gutiérrez no da con ningún nombre realmente sospechoso. Al final se dice que el secuestrador puede ser cualquiera de los tantos maridos infieles descubiertos por ellos.

Y sigue marchando.

Frente a la playa Las Almejas un auto aparece a su lado. Es su amigo que se ha dado la vuelta en u.

¿Qué pasa, *my friend*? ¿Desde cuándo le dio por hacer el ridículo?

El Tira, sin dejar de tranquear, resollando como un toro, le dice que no lo jorobe, que va rumbo a las Ruinas de Huanchaca.

Haciendo avanzar el auto a su lado, Richard Red le dice que suba.

No puedo.

Pero qué pasa, viejo, pregunta el amigo al ver su expresión de angustia.

El Tira le dice que se trata de una apuesta.

¿Qué apuesta?

Debo llegar hasta las Ruinas de Huanchaca lo más pronto posible.

¿Y haciendo el ridículo con esa marcha?

De eso se trata, jadea el Tira. Y debo hacerlo bajo el sol y sin quitarme la chaqueta.

Y si te llevo un trecho quién se va a dar cuenta.

Me están vigilando.

¿Y la apuesta vale la pena por lo menos, *my friend*? ¿Es por una morena? ¿Por una rubia? ¿Por una pelirroja?

El Tira responde con la respiración entrecortada: No puedo decirte nada. Después te llamo.

Richard Red, que de pronto olvida que quiere parecer gringo y mete acento argentino, dice, gesticulando: Che, estamos todos locos.

Y pone el pie en el acelerador.

El Tira Gutiérrez resopla su mechón blanco y sigue marchando. Ahora por avenida Croacia. Si alza un poco la vista, por la parte de arriba, pegada a los cerros, ya se divisan algunos tramos de las Ruinas.

A la altura de Virgilio Arias dobla a la izquierda. Son tres cuadras en subida y a pleno sol para llegar a avenida Angamos, que es la que va recto hasta su meta.

Con las narices chorreándole mocos, con la boca chorreándole babas, con los ojos chorreándole lágrimas, deseando sacarse la chaqueta y tirarla a la cresta, el Tira Gutiérrez marcha.

Siente que el corazón le va a explotar.

Pero sigue marchando.

Agotado hasta la lástima, sudado de pies a cabeza, boqueando como un perro, el Tira llega por fin a la segunda estación. A su derecha está el casino y a su izquierda, las Ruinas de Huanchaca. Tomándose un respiro, las observa adheridas a los cerros.

Que estas ruinas —donde solo quedaban esas murallas de piedra— eran los restos de una antigua fundición de plata, una de las más modernas de Sudamérica, lo supo días después. Ahora

solo sabe que Huanchaca, en lengua quechua, quiere decir «puente de las penas». Y eso lo inquieta.

El Tira revisa la nota: *frente al casino. Triángulo escaleno*. Se para entonces dando la espalda a la entrada principal del casino. Desde ahí camina en línea recta, hacia la primera muralla. Como a veinticinco pasos de distancia ya comienza a distinguir, entre dos piedras, un hueco que conforma un triángulo escaleno perfecto.

Todo muy fácil de hallar.

Dentro del hueco encuentra otro sobre blanco, similar a los otros, también con una hoja doblada en tres y un pequeño envoltorio en papel de diario en su interior. Dios mío, se oye clamar, que no sea otro dedo, por favor.

Abre el envoltorio.

Lo que aparece es un pedazo de oreja.

¡Conchadesumadre! ¡Hijo de perra!, susurra enardecido. ¡Juro que te voy a picar las pelotas a cuadritos cuando te encuentre!

Después despliega la hoja y lee:

Tercera y última estación: Animita Evaristo Montt.

Busque en la cruz de piedra

C. Robles y familia

No debe demorarse más allá del mediodía, o ella muere.

Más loco que un zapato

Sintiéndose un incompetente, un incapaz, un inútil de mierda, el Tira guarda los sobres en el bolsillo derecho de la chaqueta, y la oreja junto al dedo en el izquierdo. Después aprovecha que no hay nadie en los alrededores y se arrima al muro para aliviar la vejiga. Mientras lo hace calcula que hasta la animita le quedan por recorrer más o menos ocho kilómetros de distancia.

No sabe si le alcanzarán las fuerzas.

Ya listo para proseguir, se da ánimo. Respira hondo. Resopla su mechón blanco y comienza de nuevo.

El Tira Gutiérrez marcha.

O pareciera que marcha, porque lo que hace es arrastrar los pies como un pobre inválido. Pero tiene que aguantar. Es el último tramo.

Y sigue marchando.

La hermana Tegualda se siente como dentro de un sarcófago. Tiene la impresión de que no solo está atada de pies y manos sino que enrollada de cuerpo entero. Como una momia. Y es que no puede mover ningún miembro de su cuerpo. En medio de la oscuridad y el silencio aterrador, piensa en sus padres y la gana el llanto. Pero luego es invadida por una especie de rabia y se dice que no quiere morir, que no va a morir, que no puede morir ahora que ha encontrado al amor de su vida, el hombre con el cual quiere unirse para siempre, aunque sea un gentil. Si nada más ayer por la tarde, al ir a dejarlo a su casa, y después de entenderse por segunda vez en el día, se quedaron hablando largamente sobre irse a vivir juntos. ¿Ayer sería? Ya no sabe con certeza cuánto tiempo estuvo inconsciente, si horas o días. Lo único que tiene claro es que no puede morir. No ahora. El Señor la salvará. El Señor su Dios es todopoderoso y ella tiene su fe depositada en Él. Y como para ratificarlo se pone a recitar mentalmente el Salmo 98, ese que de niña le enseñaron en la iglesia para que lo recordara en momentos de peligro: *Jehová es mi pastor; nada me faltará... / Aunque ande en valle de sombras de muerte, / no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo...* Entre salmos y clamores, la hermana trata de recordar más detalles de su secuestro. Se desanima pronto y se pregunta qué sentido tiene, si no puede hacer nada. Pero su mente trabaja por cuenta propia y sigue repasando el instante del ataque, tanto así que ahora puede asegurar que el tipo o la tipa es de menor estatura que ella. Y si es un hombre, no tiene mucha fuerza, ya que al abrazarla y empujarla al interior de la oficina, bastó que ella diera un sacudón para que ambos rodaran por el piso. Podría ser un anciano de poca estatura, se dice. Entonces, en otro pantallazo de la memoria, la hermana recuerda su voz, esa voz chillona diciendo que la cortaría en pedacitos. Ella ha oído esa voz antes. Pero dónde. Piensa, Tegualda, se dice, piensa. Tú has oído esa vocecilla antes, claro que sí. Cada vez está más segura de que se trata de un hombre viejo con voz de mujer. Y que ella lo conoce. Y que hasta alguna vez habló con él. Es más, está segura de que el Tira también lo conoce. Y mientras la hermana rebusca en los anaqueles de su memoria, otra parte suya sigue clamando al Señor y recitando versículos bíblicos. En un momento, mientras recitaba uno que de niña no entendía bien: *Si tus pecados fueran como la grana, / como la nieve serán emblanquecidos, / y si fuesen rojos como el carmesí, / serán blancos como la blanca lana...*, antes de completar la palabra *lana*, da un respingo. Acaba de recordar de quién es esa vocecilla. ¡Es él! Su secuestrador es el anciano con la teja corrida que apareció una vez por la oficina pidiendo que le buscaran a su esposa muerta.

Recuerda que al abrir la puerta y verlo parado ahí, de inmediato se le vino a la cabeza ese versículo aprendido de niña en la escuela dominical. El anciano lucía una boina roja (*roja como el carmesí*) y tenía el pelo enteramente blanco (*como la blanca lana*).

Desde el mismo día en que el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda iniciaron su romance, una batalla secreta se comenzó a librar entre ellos. Si se hilaba más fino, se tendría que decir incluso que esa batalla, tal vez de manera inconsciente en ambos, comenzó a librarse el día en que se conocieron.

¿En qué consistía esa batalla? En quién sería, al final de todo, el que iba a dar su brazo a torcer, en quién haría el sacrificio supremo de cambiar su vida en merced del otro. ¿Acaso sería la hermana, apartándose de los caminos del Señor para convertirse en una mujer descreída como él, y acompañarlo en la ancha senda de los gentiles, que lleva derecho al fuego eterno? ¿O sería él, arrepintiéndose de sus pecados y aceptando a Jesús como su único Dios y Salvador, y así caminar juntos por la senda llena de espinas que lleva a la vida eterna?

Sin embargo, lo que sentía el uno por el otro era tan fuerte y recíproco, que ambos comenzaron a dar señales —quizás también de manera inconsciente— de estar perdiendo el gallito. O más bien de estar dejándose torcer el brazo de adrede.

Y todo por amor, claro.

Ella dejó de jorobarlo por su gusto musical y se mostraba más condescendiente con su prurito de oír todo el día las llorosas canciones del tal Cuco Sánchez, su máximo ídolo del cancionero mexicano. Incluso las letras de esas canciones ya no le eran tan impúdicas e inmorales como al principio. Y hasta llegó a aceptar el hecho inaceptable de tener que ver todo el tiempo sus grandes patas sobre el escritorio.

Pies, hermana, le corregía él.

Pies son en el suelo, oiga, sobre el escritorio son patas.

Pero la prueba más fehaciente del amor que sentía la hermana Tegualda por el Tira Gutiérrez fue haber terminado por aceptar, y sin arriscar la nariz, a ese par de pajarracos asquerosos —sus mascotas, decía él—, posados siempre en el pretil del balcón.

Él, por su parte, dejó de echarle en cara su manía de clamar al cielo a cada instante y por cualquier nimiedad, y de pasar tardes enteras oyendo esos himnos de alabanzas al Señor por las ondas de la radio cristiana. Es más, de un tiempo a esta parte venía incurriendo en lo que para él significaba un verdadero triunfo de Cupido: algunos domingos, día en que se aburría a morir en la soledad de su covacha, se ofrecía para acompañarla al culto y allí, compartiendo la Biblia y el himnario, a veces se sorprendía dando glorias a Dios a la par con ella. Tanto así que en el templo

algunos miembros de la congregación ya lo trataban de *hermano*. Solo falta, pensaba el Tira sin una pizca de ironía, que un día de estos la acompañe a la calle a predicar que el segundo advenimiento de Cristo está a las puertas.

Otras manifestaciones ocurridas en el último tiempo eran pruebas irrefutables de que ambos se estaban dejando doblar el brazo. Como la tarde en que la hermana, sentada señorialmente en el sofá de terciopelo verde, revisando los apuntes sobre el caso de infidelidad gay que se hallaba investigando, sin darse cuenta se puso a tararear una de las canciones más populares de Cuco Sánchez:

*No soy monedita de oro
pa caerles bien a todos,
Así nací y así soy
Si no les gusta, ni modo.*

Cuando se dio cuenta de que el Tira, con las patas sobre el escritorio, la miraba con los ojos abiertos y la mandíbula de abajo caída, se paró de un salto, sonrojada hasta el ardor.

¡Cierre la boca, oiga!, le dijo, y fue y se encerró en el baño por largo rato.

Para aplacar un poco su vergüenza, él le dijo que no se preocupara, que lo tomara como un empate. Y le contó que, días atrás, él mismo se pilló cantando en la ducha a todo grito, y no ciertamente un bolero de Don Cuco, no señor, sino un corito muy pegajoso que se cantaba en su iglesia. Uno que dice más o menos así:

*En la cruz, en la cruz
Lo primero vi la luz
Y las manchas
De mi alma lavé...*

Ahora último, aparte de lucir sin ningún sentimiento de culpa el anillo regalado por él, la hermana Tegualda hizo una concesión aún mayor: pese a seguir llevando su moña eclesiástica y vistiendo sus largos vestidos que más parecían silicios de penitentes, dejó de usar esos feos zapatones cuadrados. Ahora lucía unos estilizados zapatos femeninos, puntiagudos y con tacos. Tacos no tan altos, pero tacos al fin, que daban a su cuerpo y a su andar una sensualidad que al Tira lo traía en vilo.

Y aunque esa fue una concesión paladeada por ambos, se guardaron muy bien de no comentarla: el Tira, para que ella no se fuera a arrepentir y volviera a sus zapatones toscos; la hermana, para que él no se figurara que lo hizo como una forma de coquetería mundanal. O, peor

aún, para torearlo expresamente a él, cosa que en su interior la hermana sabía perfectamente que era la única verdad.

Al decir de sus amigos y conocidos, que en verdad no eran muchos, el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda formaban una pareja perfecta. Esto pese a su diferencia de edad, y a su radical desacuerdo religioso.

Nada grave, decía él: ella cree, yo no creo. Eso es todo.

No importa, decía ella, yo creo por él.

En los demás campos se entendían cabalmente. Y se veían tan desatados de amor el uno por el otro que, pese a llevar ya un tiempo como pareja, daba la impresión que solo ayer se hubiesen enamorado. Y de esto cualquier mortal podía darse cuenta. Nada más era cosa de observarlos un rato sentados en la terraza del café, o al interior del escarabajo amarillo o donde fuera que se hallaran, solos o en compañía de otras personas.

Qué estilo el de ella para expresarle su admiración en público con gestos, con mohines, con sus muy sabios silencios. Qué maneras las de él de manifestarle devoción en sus atenciones, en sus atropelladas palabras de amor, en la tierna torpeza de sus caricias en público. Y, claro, hasta en sus muy continuas salidas de madre.

A estos dos solo les falta levitar, decían sus amigos.

Ellos solo sonreían con esa sonrisita boba que chorrean los enamorados del mundo.

El Tira Gutiérrez marcha.

Ahora por calle Angamos, de sur a norte. Tiene que llegar a la animita al mediodía. Mira la hora: son las 10.34. Llama otra vez al número de la hermana. No hay respuesta.

Ya desfalleciente, arrastrando los pies, sigue marchando. Este tramo es el más largo. Calcula al menos ocho kilómetros. El Tira Gutiérrez tiene sed. Siente la garganta seca, reseca. Ya casi no escupe. Tendrá que comprar una botella de agua por ahí. Pero no debe detenerse.

Y sigue marchando. Diciéndose que eso de hallar los sobres ha resultado demasiado fácil. Por lo visto el plan de este hijo de puta es hacerle expedito su camino hacia el final en donde le tiene reservado el tiro de gracia. Tal vez ahí encuentre el cadáver de... Mueve la cabeza enérgicamente. No quiere ni pensarlo.

Y trata de apurar la marcha.

No quiere imaginar —y se imagina— a la hermana sangrando, sufriendo, torturada por este loco o estos locos de mierda. Vuelve a pensar en el infame negocio del secuestro de mujeres, las que son vendidas a las mafias para ser explotadas como prostitutas. Y pobres las que se resistan, porque son asesinadas sin piedad, y sus cuerpos incinerados o sumergidos en tambores con ácido.

El Tira no quiere pensar y se detiene.

Se agacha como para vomitar, pero lo que hace es sacudir de nuevo la cabeza como un perro al salir del agua. De ese modo cree desprenderse de los malos pensamientos. Luego saca fuerzas de no sabe dónde y avanza.

Sigue marchando.

Ya ha pasado la Universidad del norte. En la calle Club Hípico ha subido hasta Eduardo Orchard. Allí, ingresando a la población La Favorecedora, siempre hacia el norte, siente de pronto la sensación de que algo no anda bien con el pedazo de oreja. Sin dejar de marchar la saca del bolsillo. La mira.

Algo en ese lóbulo de oreja no le cuadra.

Pero sigue marchando.

Como ya no va por la Costanera, sino por una calle común y corriente, su marcha no pasa desapercibida, por el contrario, su modo de caminar llama la atención de todos. Los transeúntes

se paran a mirarlo, alguna gente se asoma a las ventanas para verlo pasar. De los despachos y almacenes de las esquinas las dueñas de casa salen con su bolsa de verduras a ver la novedad.

Un loquito nuevo, dicen.

Déjenlo tranquilo.

Y él sigue marchando. Pese al sol que parece quieto a un palmo de su cabeza, sigue marchando.

Marcha pensando en el trozo de oreja. No lo puede evitar. La sensación de que algo no encaja persiste como un zumbido en su cerebro, como si se le hubiese metido un mosquito en el cráneo.

En una esquina una jauría de perros callejeros intenta atacarlo. Lo siguen, ladrándole, mostrándole sus colmillos, casi mordiéndole los talones. El Tira Gutiérrez lanza patadas al aire y sigue marchando. Ninguna jauría de quiltros va a detenerlo.

Pasada la Parroquia de Nuestra Señora de Fátima, siente que el cuero de su chaqueta negra, recalentado por el sol, le quema la espalda como si fuera goma caliente. Siente el sudor correrle en cataratas hasta los mismos tobillos. Siente la araña de la sed patalearle en su garganta reseca. Necesita agua.

Pero sigue marchando.

Dos cuadras más adelante, por Díaz Gana, un grupo de niños comienza a seguirlo. Se burlan de él. Algunos le tiran piedras.

El Tira no les hace caso y sigue marchando.

Uno de los mocosos, como de diez años, de ojos achinados y corte de pelo a lo futbolista, se le pega al lado imitándolo. Entonces se le ocurre. Mete su mano en un bolsillo del pantalón y saca algunos billetes (el Tira jamás ha usado billetera). Escoge dos de mil, le pasa uno al niño que marcha a su lado y, jadeando lastimosamente, le pide que le compre una botella de agua en alguno de los almacenes a lo largo de la calle. Y para que no se arranque con el billete, le muestra el otro.

Si me la traes te lo ganas, le dice.

Y para asegurarse más aún (necesita agua urgentemente), se toca el bolsillo interior de la chaqueta donde lleva su triángulo de tostada con mantequilla y le dice que es una pistola. El niño corre hacia la próxima esquina, entra al almacén y luego, una cuadra más adelante, lo alcanza y le entrega el agua. El Tira le pasa el billete y, sin dejar de marchar, se toma unos tragos. No mucha. Sabe que se le puede acalambrar el estómago. Después se derrama un poco en la cabeza y en el pecho y el resto por la nuca hacia la espalda.

Al terminar la calle Eduardo Orchard hace un leve giro y se mete por Lord Cochrane, pasa por la Basílica Sagrado Corazón de María, y toma la avenida Argentina, la más larga de la ciudad. A la altura de calle Bolívar, casi frente al castillo embrujado, una pareja de carabineros en bicicleta, hombre y mujer, tratan de detenerlo. Se le acercan y se ponen a pedalear uno a cada lado.

El carabiniere le dice que se detenga.

El Tira no se detiene.

Deténgase o tendré que llevarlo detenido, le insiste. El Tira siente que algo anda mal en la frase.

¿Por qué me detendría? Pregunta agitado.

Por desorden público, señor.

El Tira, entre jadeos, le dice que no puede detenerse, que su novia está en peligro de muerte y él tiene que llegar hasta la animita de Evaristo Montt; que esta marcha es una manda que le hizo a la animita para que salve a su novia.

¿Qué le pasa a su novia? Pregunta ahora la joven carabinera.

Está agonizando, dice el Tira. Cáncer al pulmón.

El carabinero no termina de convencerse y le pregunta su nombre.

Recaredo Gutiérrez.

Muéstreme su carnet de identidad.

El Tira saca el carnet desde el bolsillo de la camisa y, siempre marchando, se lo pasa a la mujer.

Usted sí cree en los milagros, ¿verdad, señorita?

La pareja de policías se miran uno al otro, se quedan un tanto rezagados, conversan entre ellos y al fin optan por dejarlo seguir. Le devuelven el carnet.

Lo vamos a acompañar un par de cuadras, dice la mujer policía.

El Tira Gutiérrez sigue marchando.

Ahora con escolta policial.

Al llegar al edificio en donde antaño estuvo la botica Ferraro, los policías ciclistas lo dejan solo.

Hasta aquí lo acompañamos, señor, dice el policía hombre. Que tenga suerte.

Ojalá la animita haga el milagro de salvar a su esposa, dice la policía mujer.

Novia, dice resollando el Tira.

La mujer sonrío como diciendo: lo quería pillar.

El Tira, luego de agradecerles el gesto, gira a la derecha por calle Condell para seguir avanzando en dirección norte. Por ahí desembocará justo en Pedro de Valdivia, la calle en cuyo final se alza la animita.

Se da valor y sigue su marcha.

Ya es casi la hora del mediodía. La hora sin sombra, la llamaban los viejos en la pampa. La mente del Tira comienza a divagar comparando el calor del puerto con el calor de la pampa. Allá era un calor seco; aquí es un calor húmedo. Allá los termómetros llegaban a sobrepasar los cuarenta grados; aquí no se pasan de los veintiocho.

Ahora, sin embargo, enfundado en su chaqueta de cuero negra, la sensación térmica se le

vuelve insoportable. Siente su espalda cociéndose a baño María. Pero aun así, a duras penas, sigue avanzando.

Ya ha entrado por Pedro de Valdivia.

No le queda nada.

Hacia el final de la calle alcanza a divisar el muro negro de humo de la animita. Sobre el muro, una mustia bandera chilena ruega por un poco de brisa.

Aunque la hermana Tegualda ha descubierto quién es su agresor, aún no sabe dónde está encerrada. No tiene vista, no tiene oído, no tiene tacto. El miedo de estar enterrada viva le vuelve a culebrear helado por la columna. Como no quiere pensar en ello, se pone a recordar la vez en que el hombre se apareció en la oficina. Debe haber sido por el tiempo en que investigaban lo del túnel descubierto en la cárcel vieja, el caso que tenía relación directa con la muerte de un teniente del ejército en el burdel de la tía Nirvana. Recuerda que era un hombre de unos sesenta y siete años, de baja estatura y vestido de negro. Lucía una boina roja y su pelo era todo blanco, de ahí que recordara el versículo bíblico. El anciano, fruncido y ceremonioso, se quitó la boina y se presentó con una leve genuflexión: Pedro Andrade, a sus órdenes. Tenía voz de pito. Al preguntarle en qué se le podía servir, el anciano miró fijamente a ambos (sus ojillos eran dos moluscos acuosos) y dijo que quería contratarlos para que hallaran a su señora esposa. ¿Qué pasó con ella?, le preguntaron. Hace una semana que desapareció. De ahí en adelante la hermana recuerda perfectamente el diálogo con el anciano, y no por buena memoria sino porque, de tan tirado de las mechas, resultó inolvidable. ¿La buscó usted donde sus hijos? No tenemos hijos. ¿En casa de sus amigas? Ella no tiene amigas. ¿Dio usted aviso a Carabineros? Claro que no. ¿Y a la Policía de Investigaciones? La policía no entendería. ¿Por qué dice que no entendería, señor? Es que mi esposa sufría de cáncer. ¿Y usted cree que se fue de casa por eso? Ella no se fue. ¿No? ¿Entonces usted cree que fue secuestrada o algo así? No, señor. ¿Entonces? Es que ella falleció. En este momento ella y el Tira dieron un respingo. Perdón, ¿dice usted que su esposa murió? Sí, hace casi una semana. ¿Entonces por qué dice que desapareció? Porque es verdad, ella no está en su nicho. ¿Cómo? ¿Se robaron su cadáver? Sé que ella no está en su nicho, por eso vengo a contratarlos, para que la busquen y me la traigan de vuelta a casa. ¿Querrá decir de vuelta al nicho? No, a casa, porque para mí que ella está viva. ¿Viva? Sí, señor, viva. Pero acaba de decir que su esposa murió. Eso es lo que todo el mundo cree, señores, pero ella no se puede morir. ¿No se puede morir? ¿Por qué no puede morir? Porque no me puede dejar solo, nunca lo ha hecho, y por eso debo hallarla, para preguntarle por qué diantres se fue de casa. Aquí el Tira dijo que lo sentía, pero ellos no se dedicaban a hacer esa clase de trabajo, que debería ir donde un espiritista y preguntarle por el alma de su mujer. Después se paró del escritorio y se fue al baño. Al pasar junto a ella le susurró que sacara al vejete de la oficina. Está más loco que un zapato, dijo. Tras una mirada de reproche a su jefe, ella tomó de un brazo al anciano y lo llevó hacia la puerta.

Usted tiene razón, señor mío, le fue diciendo, su esposa no está en el nicho, allí solo queda lo que se comen los gusanos, pero el espíritu que es incorruptible ya está morando con el Señor en el Reino de los Cielos. Entonces el hombrecito, en una especie de pataleta infantil, se sacudió violentamente de su brazo y se puso a chillar que no le vinieran con pamplinas, que su esposa no estaba muerta, que la sepultada era otra, que ella no podía morir, no podía dejarlo solo, no podía ser tan resuelta. ¡Mi esposa no es así! ¡No, señor! Cuando al fin ella pudo sacarlo de la oficina, lo guio por el pasillo hacia el ascensor tratando de calmarlo con citas bíblicas —casi exorcizándolo—, mientras el anciano no dejaba de lamentarse sobre quién iba a atenderlo ahora, quién le iba a limpiar sus trajes, cortarle los pelos de las orejas, lavarle los pies con el amor que ella lo hacía. Antes de subir al ascensor amenazó a gritos que la íbamos a pagar. Sobre todo ese granuja que se burló de mí. Nadie se ha burlado de usted, don Pedro. Él la miró con sus ojos de moluscos. ¿Usted se cree que soy sordo? Me trató de vejete y dijo que estaba más loco que un zapato.

A propósito de escopeta, en una ocasión, conversando al interior del escarabajo amarillo, la hermana Tegualda, sonriendo y rojas sus mejillas, le confesó al Tira que en casa siempre estaba contando anécdotas y detalles de su viaje a Cuba.

Los tengo a todos locos, dijo.

Él, en un inocente tonito filosofal —o queriendo pasarlo por inocente—, le dijo: Hermana, un buen viaje, lo mismo que un buen «entendimiento», no está completo si no se cuenta.

La hermana lo regañó enseguida:

Mente de alcantarilla, le dijo. Y enseguida le enrostró un versículo bíblico.

En lo que ambos sí estaban de acuerdo era en que ese viaje era menester repetirlo. Eso sí, en un viaje de placer, sin nada que investigar, solo gozar otra vez los paseos por el malecón, los bares con sus grupos de músicos, y recorrer cada uno de los recovecos de esas calles llenas de vida de La Habana Vieja.

Por esos mismos días, una mañana de cielos livianamente cubiertos por un toldo de nubecillas blancas,

el Tira se vio en la necesidad de contarle a la hermana sobre lo que estaba ocurriendo con su divorcio.

Habían bajado de la oficina a un tentempié en el Café del Centro. Instalados ya en una mesa de la terraza, pidieron lo de siempre: ella, un cortado y un trozo de torta mil hojas; él, un té de color violín y una tostada con mantequilla. Como Claudia, la mesera, era nueva en el café, el Tira tuvo que explicarle que la tostada debía venir cortada en dos triángulos, uno para servírselo aquí y el otro para llevar. El triángulo para llevar es mi arma de servicio, dijo, sabiendo que no iba a entenderle nada.

Enseguida comenzaron a charlar de cualquier cosa. Y antes de los siete minutos que la mesera se demoró en traerles el pedido, ya la hermana, sin darse cuenta, en un ejercicio de memoria increíble, se hallaba embalada enumerando terrazas de cafés y bares de La Habana en donde oyeron y se solazaron con tal o cual grupo de músicos. Y remató sus recuerdos con la idea de que tenían que volver alguna vez a la isla. Ese viaje tenemos que hacerlo sí o sí, oiga. ¿No le parece?

Con la boca llena de la primera mordida a su tostada con mantequilla, el Tira movió la cabeza

de arriba a abajo. Al terminar de tragar, y creyendo que la hacía de oro, dijo en todo sobrador: Por supuesto que sí, hermana. Ese viaje será como nuestra luna de miel.

Ella reclamó enseguida:

¿Por qué ese *como*, oiga? ¿O sea que no va a ser una auténtica luna de miel? Parece que usted todavía está con la idea de no matrimoniarse. Ya le he dicho mil veces que mis padres no me criaron para terminar viviendo abarraganada, como decía mi abuela. O arrejuntada, como dice usted. Y menos todavía con un gentil como usted, caballero.

Entonces el Tira decidió decírselo de una vez por todas. Le contó que llevaba un par de meses tramitando el divorcio, y en silencio porque quería darle una sorpresa. Pero sucedió que cuando todo iba de maravillas y solo faltaba la firma de ambos cónyuges, su ex, que en principio era quien lo pedía, se echó atrás y se negaba a firmar sin una negociación de por medio.

Eso no me extraña, dijo la hermana. Así ha sido siempre. No solo las mujeres piden alguna compensación a cambio de la firma, también los hombres lo hacen.

Luego, mientras trataba de ensartar un pedazo de torta con el tenedor, dijo: Mire, oiga, ofrézcale a su ex una suma de dinero y listo. Yo le contribuyo con la mitad.

Ese es justamente el problema, dijo el Tira. Ella no quiere dinero. Se dio cuenta de lo enamorado que estoy de usted y quiere sacar provecho de la situación.

¿Y qué está pidiendo entonces?

Él solo la miró.

¿Acaso mi cabeza en una bandeja?, sonrió a la fuerza ella, mientras ensartaba uno de los dos trocitos de torta que le quedaban en el platillo y se lo llevaba a la boca.

Algo parecido, dijo el Tira.

No se me ocurre qué puede ser, dijo la hermana, mientras él le limpiaba con la punta de una servilleta una miguita rezagada en el labio superior.

El Tira aún dudaba si decírselo o no. Se iba a sentir mal, claro, pero debía de hacerlo. Al fin, casi arrastrando las palabras, lo soltó:

Está pidiendo un escarabajo amarillo.

La hermana había ensartado el último trocito de torta y se quedó con el tenedor a medio camino entre el platillo y su boca abierta.

Alrededor de ellos los parroquianos reían y hablaban lo de siempre, los emprendedores del parche curita recorrían las mesas repitiendo su pregón de siempre, los músicos callejeros entonaban las melodías de siempre y, por sobre el abejorreo de voces, risas, pregones y música, se alzaba la voz doliente de la mujer que cada día, sentada en el suelo en el frontis de un banco, gritaba su letanía de siempre:

¡Tengo hambre, no he comido na!

Todo eso se oía resonar en el ambiente en tanto la hermana Tegualda devolvía el tenedor con

el trocito de torta al platillo, cerraba la boca, se limpiaba los labios con su habitual elegancia y, lanzando cuchillos por los ojos, decía:

Perdón, ¿*mi* escarabajo amarillo?

El Tira asintió.

Esa ex suya está loca de remate.

Luego cambió de hombro su moña y le dijo al Tira que por favor pidiera la cuenta. La trajeron. Él pagó y, sin decir nada, se pararon de la mesa y subieron a la oficina.

Esa mañana se hallaban trabajando en el caso de infidelidad gay del que la hermana estaba a cargo. Aunque ella lo tenía prácticamente resuelto, le faltaba entrevistar a un transformista de nombre artístico María Sodoma. Y para eso debía volver a la disco Luna de Lesbos, desde donde la noche anterior había tenido que salir huyendo. Había llegado a la disco a las once y media de la noche, el local abría sus puertas a las doce, y el espectáculo transexual comenzaba pasado las dos de la mañana. De modo que se pasó más de dos horas esperando que apareciera el transformista, y en todo ese rato fue asediada por lesbianas, joteada por heterosexuales borrachos y acosada por travestis de mala catadura.

Cuando a las dos y veinte fue anunciado el número de María Sodoma, apareció en el escenario una mujer sensacional, como le contó después al Tira Gutiérrez. Era alta, era rubia y lucía un vestido negro constelado de lentejuelas, largo hasta los tobillos y adherido como un guante a su cuerpo de curvas perfectas. Encaramada sobre unos zapatos plateados, con plataforma que la elevaban veinte centímetros más, la transformista comenzó su show cantando con potente voz femenina «Y me solté el cabello», la canción de Gloria Trevi.

Cuando la Sodoma bajó del escenario y la hermana quiso acercársele, una especie de guardia gordo, bisojo, vestido de emperador romano, se le atravesó y le puso un cuchillo en el vientre:

Ándate a sapear a otro lado, perra conchadetumadre. Córrrete al tiro o te rajo la guata.

De modo que ahora planeaban cómo hacer para interrogar a la transformista, testigo principal del caso, sin arriesgar su integridad. Él la quería acompañar, pero la hermana se negaba rotundamente.

Cuando desde el reloj de los ingleses salió rodando la campanada de la una de la tarde, ellos aún no se habían puesto de acuerdo. El asunto del escarabajo no los dejaba concentrarse y optaron por dejar de trabajar. Desde el día antes tenían acordado almorzar juntos. Y, aunque ahora no tenían ánimo para nada, ninguno de los dos se opuso a cumplir el acuerdo. El Tira tenía reservada una mesa en Puerto Caliche, el restaurante de su amigo, y para allá partieron.

Desde la oficina al estacionamiento caminaron sin pronunciar palabra. Del mismo modo hicieron el trayecto de ocho minutos hasta el restaurante. En la mesa apenas hablaron lo justo. Como el apetito se les fue diluyendo, optaron por pedir solo un pastel de jaiba para cada uno, la especialidad de la casa.

Richard Red, con su camisa bordada a mano y su sonrisita de «guapetón al jugo», se acercó a

la mesa a saludarlos, como acostumbraba hacer con todos los comensales. Sin embargo no alcanzó a desplegar todo su encanto, pues enseguida notó la tensión entre ambos y no se quedó mucho rato.

Al terminar el postre que ellos no habían pedido —Richard Red se los envió como obsequio de la casa—, la hermana Tegualda le tomó las manos al Tira y se lo quedó mirando a los ojos. Él intuyó al instante lo que ella iba a decir y movió la cabeza negativamente.

Ella igual lo dijo:

Está bien, oiga, yo me desprendo del auto.

El Tira se soltó de sus manos, se echó para atrás en la silla y resopló fuerte su mechón blanco: Ahora la loca es usted, hermana.

Escuche...

Que no. No la quiero escuchar. No le vamos a dar en el gusto. Ya veré yo como soluciono este frangollo.

La hermana volvió a tomarle las manos. Y para enfatizar lo que iba a decir, le acercó su rostro por sobre la mesa hasta casi rozar su nariz.

¿No cree usted, caballero, que lo nuestro vale más que un cacharrito amarillo?

El Tira le apretó fuerte las manos.

El Tira Gutiérrez marcha.

Sudado de pies a cabeza, desquiciada la expresión de su rostro, gastando sus últimas fuerzas, se ve llegando al final de su carrera. Ahí, a pocos metros, están los territorios de la animita de Evaristo Montt, la más grande y la más visitada de la ciudad.

Y la más milagrosa, según sus devotos.

Eso se ratifica con el sinnúmero de placas adheridas al muro con toda clase de mensajes en que le agradecen al ánima del finadito los más variados e inverosímiles milagros y favores concedidos. Los cincuenta metros que ocupa en el muro del ferrocarril se encuentran enhollinado del humo de los cientos de cirios y velas que de día y de noche, desde hace más de noventa años, alumbran y relumbran en este santuario popular.

Se cuenta que en la noche del 15 de julio de 1924 estalló la caldera de una locomotora a vapor en el patio del ferrocarril. En la tragedia murieron el maquinista, el fogonero, un empleado de escritorio y Evaristo Montt, quien trabajaba como rondín y que esa noche, según cuenta el fervor popular, no tenía por qué estar en el sitio del accidente. Los diarios de la época señalan que fragmentos de la locomotora fueron hallados a más de dos kilómetros de distancia por la potencia de la explosión. Algo similar ocurrió con Evaristo Montt: su cuerpo voló por los aires y fue a dar contra ese muro en donde ahora la gente viene a rezarle y a pagarle mandas.

El Tira desacelera su marcha.

La bandera en lo alto del muro parece anunciar la llegada a la meta. El Tira, que ha visto animitas a lo largo de todo el desierto, con sus banderas decoloradas por el sol, se pregunta qué tendrá que ver un símbolo patrio con la muerte accidental de una persona. Ni las animitas de los niños se salvan. Está bien que les dejen juguetes, pero ¿una bandera? Al Tira no le cuadra. Ni para la animita de un soldado. En el más allá, si es que existe un más allá, la patria no debe significar un camino.

El Tira ya va llegando.

Divagando y pensando tonterías, va llegando. La animita, desierta a esta hora del mediodía, está ahí, a menos de cincuenta metros, y el Tira jadeando, resollando, boqueando como un perro envenenado, apenas arrastra los pies. Ya a menos de veinte metros distingue algo que lo detiene en seco y lo llena de pavor.

No puede ser, se dice.

Siente que se le doblan las piernas.

Que se va a morir ahí mismo.

En una cruz de piedra en lo alto del muro se divisa la cabeza de una mujer colgando de una larga moña de cabellos trigueños. Desesperado, alza los ojos al cielo y suplica que no sea ella. Gimiendo de dolor, promete a Dios que si no es lo que sus ojos parecen estar viendo se convertirá al evangelio, renunciará a los placeres terrenales, como se dice en la iglesia, y aceptará a Jesús como su único Dios y salvador. Y, para sellar su promesa, quiere persignarse y se da cuenta de que no sabe hacerlo. No importa, los evangélicos no se persignan.

Avanza entonces los pocos metros que le quedan. Su corazón es un tambor en manos de un loco. Paso a paso avanza hasta detenerse frente a la cruz de piedra en donde cuelga la cabeza de la mujer.

En la cruz se lee una inscripción: *C. Robles y familia.*

Temblándole todo el cuerpo, se encarama en los encatrados que hacen de candelabros para alcanzar la cabeza y bajarla en sus manos. Pero lo que ve lo hace trastabillar y caer al suelo resbaloso de restos de vela sucia. No sabe si llorar de rabia o reír de felicidad. Se quiere poner de pie pero solo logra quedar de rodillas, las piernas le tiemblan de cansancio y de miedo. Arrodillado, vuelve a mirar hacia lo que cuelga de la cruz. Lo que cuelga de la cruz es la cabeza de un maniquí con una peluca del mismo tono del pelo de la hermana, y peinada con su misma moña evangélica.

¡Hijo de la grandísima!

No termina de putear cuando una luz estalla en su cerebro: ha descubierto lo que no encaja en la oreja que lleva en el bolsillo. La oreja tiene perforaciones de aros, y la hermana nunca ha usado aros. Abrumado de emoción razona que el dedo también no tiene por qué ser de ella. Y aunque el anillo sí lo es, eso es fácil de dilucidar: el secuestrador se lo sacó a la hermana y se lo puso al dedo que sepa Moya de dónde lo habrá sacado y de quién será.

Y, siempre de rodillas, como si le estuviera rezando a la animita, se dice que tuvo que haberle hecho mucho daño a la persona que está haciendo todo esto. Aunque de cualquier manera, sea quien sea el cabrón, la verdad es que está más loco que un zapato.

Dice zapato y se queda atónito.

¡Recresta!

Eufórico, logra ponerse de pie a duras penas y casi resbala de nuevo en lo seboso del piso. Con el costalazo, su chaqueta ha quedado pringosa de cera de velas. Rezongando contra el calor de mierda que hace, resopla su mechón blanco y se larga a marchar de vuelta hacia el sur. Tiene que volver a la oficina.

Avanza unos diez metros y se detiene.

¿Por qué mierda sigo marchando?

Se quita entonces la chaqueta —jura no volverla a usar nunca más en su vida—, y hace parar

un colectivo que viene vacío.

Ofrece al chofer pagarle la carrera como taxi, pero que lo lleve rápido a Prat con Latorre.

No saber dónde está encerrada es lo más torturante para la hermana Tegalda. Aunque le dejaron la nariz libre para que respirara, piensa que si está enterrada viva en cualquier momento se le puede acabar el oxígeno. A ratos, en sus momentos de optimismo, cree estar en el desván de una casona antigua, habitada solo por fantasmas. En sus momentos de pesimismo se ve sepultada en una tumba vacía de alguno de esos olvidados cementerios del desierto. Tendida en un piso duro, como de cemento o de baldosa, tiene el cuerpo entumecido. No se puede mover. Ya comienza a sentirse desanimada. Tiene miedo de morir. Aunque su religión promete el cielo a los que mueren en la fe, un cielo donde el león paca junto al ciervo y la felicidad es el sol que ilumina todo, ella quiere seguir viva, seguir respirando en este valle de lágrimas como los quejumbrosos llaman a este bello mundo. Pero la fe se le está enfriando. Hace rato que dejó de orar, de recitar versículos bíblicos y de clamar al Señor para que la libere de este tormento.

El Tira Gutiérrez pide al colectivo que se apure, carajo, que tiene urgencia, que es de vida o muerte. El chofer, un hombre colombiano, lo observa por el espejo retrovisor: la cara desencajada del Tira asustaría a cualquiera. Para que el chofer se entusiasme, le muestra el único billete de diez mil que lleva en el bolsillo —el pasaje no le costaría más de tres mil—. Son suyos si le mete pata, le dice. ¡Pero hágalo ya! El taxista acelera y comienza a culebrear entre los demás vehículos. Las ansias de abrazar a la hermana Tegalda, confirmar sus sospechas, y saber que está bien lo van carcomiendo por dentro. Por lo que él recuerda, el secuestrador no sería capaz de matar una mosca, pero también entiende que con un desequilibrado de esa envergadura nunca se sabe. Y aferrado a dos manos en las manillas del asiento de atrás, insta al chofer a que siga acelerando. ¡Métale fierro, compadre, yo pago el parte! Vea usted, papi, más no se puede, dice, medroso, el colombiano.

La hermana Tegualda muchas veces ha oído aquello de que una persona a punto de morir ve pasar su vida como en una secuencia de cine en cámara rápida. Ella nunca creyó mucho en ese cuento y ahora ratifica su descreimiento. Aunque se presiente a punto de morir, la única película que le exhibe su memoria es la de aquellos días en Cuba junto al Tira Gutiérrez, la de esas playas de arenas blancas y aguas turquesas, la de esos músicos incomparables que tocan en cada bar, en cada restaurant, en cada esquina de la Calle del Obispo; y ha vuelto a sentir el magnetismo que sentía en la atmósfera de La Habana Vieja, ha vuelto a oler ese aroma a tabaco, a ron y a sexo que impregna el aire de sus calles deterioradas, esas calles en las que se fue enamorando y cautivando, aún más de lo que ya estaba.

En Latorre con Prat, ante las reverencias del taxista al recibir los diez mil pesos, el Tira Gutiérrez se baja del vehículo y echa a correr, sin cerrar la puerta. El paseo sigue lleno de gente que va y viene como si en el mundo no hubiera ocurrido nada. Nada ha cambiado. Nadie se ha dado cuenta del infierno que él ha vivido en las últimas tres horas y media. En el lobby del edificio Gómez, en donde igual que en la mañana entra casi corriendo, todo se ve normal. Los guardias y el conserje lo saludan como siempre, y el más joven le abre la puerta del ascensor como siempre. El Tira no puede creer que todo haya seguido su curso normal. ¿Cuando me muera será lo mismo? Claro que será lo mismo, idiota, se contesta. Antes de que se cierre el ascensor, le pregunta al guardia si ha visto a su asistente durante el tiempo que él estuvo afuera. Negativo, dice el guardia. Que la vio llegar y subir a la oficina en la mañana, a la hora de siempre, pero que no la ha visto bajar desde entonces. Y para ratificarlo vuelve la cabeza hacia el conserje y le pregunta a viva voz si él ha visto bajar a la señorita asistente de don Recaredo. El conserje tampoco la ha visto. El Tira llega al piso doce y, llave en mano, batiendo su propio récord, recorre los veinte pasos que lo separan de la oficina.

En su cautiverio, la hermana Tegualda ha pasado la mayor parte del tiempo invocando a Dios, rogando que la libere, que la saque de su encierro. Pero no ha ocurrido nada, ni siquiera una mínima señal de que sus plegarias están siendo o serán atendidas. Su fe irremediamente se le ha ido enfriando, se le ha ido resquebrajando como una vieja capa de pintura en una muralla al sol. Hasta que su espíritu ha terminado por rebelarse y asume, decepcionada, que el socorro no llegará por el lado divino sino por el humano. Y para ella el lado humano es el Tira Gutiérrez. En él pone su confianza. Él tendrá que salvarla así como la ha salvado de otros entuertos. Aunque suene a blasfemia, a él encomienda su vida. Sí, el Tira Gutiérrez tendrá que llegar, con caballería o sin ella, justo antes de que el viejo loco aparezca de nuevo y machete en mano comience a cortarla en trocitos como amenazó. Tan asustada se halla que se promete a sí misma, de todo corazón, que si el Tira la salva de esta, se olvidará del sagrado vínculo matrimonial y simplemente se irá a vivir con él amancebada, arrejuntada, abarraganada, como quieran llamarlo. Incluso dejará de ir a la iglesia, abandonará el evangelio y comenzará a vestirse, a peinarse y a maquillarse como una mujer mundana. Claro que sí, se convertirá en una *femme fatale*.

El Tira Gutiérrez recorre la distancia desde el ascensor hasta la puerta de la oficina, pidiendo a Dios que no esté equivocado. Si es el anciano loco, se dice, entonces es imposible que él solo haya podido sacar a la hermana del edificio. Ni siquiera tendría fuerza para arrastrarla hasta el ascensor. Al entrar a la oficina deja caer la chaqueta al suelo y se dirige directamente al clóset de los útiles de aseo. Abre las puertas plegables: ahí está, tendida de espalda en el piso, amordazada, los ojos vendados y todo el cuerpo envuelto con cinta de embalar, como esas guaguas de antes cuando por las noches las enrollaban con una faja hasta dejarlas convertidas en un lulo. Si él fue castigado con el movimiento, ella fue torturada con la inmovilidad.

A la hermana Tegualda le salta el corazón. Hebras de ruido y filamentos de luz traspasan los tapones de sus oídos y la venda de sus ojos. Siente que han llegado a liberarla. Alguien le quita la mordaza y la tela que cubre su vista. Me he salvado, piensa. Sin embargo, por unos segundos, se niega a abrir los ojos: teme encontrarse con la cara del anciano loco viéndola con sus ojillos de moluscos. Cuando los abre, el rostro del Tira Gutiérrez, desmejorado y sudoroso, se aparece ante ella como una visión arcangélica. Mientras él le desenrolla la cinta de embalaje algo le va susurrando. La hermana se quita los tapones de los oídos y quiere hablar, pero la voz no le sale. Con el cuerpo temblándole entero, solo atina a enroscarse al cuello del Tira que sigue repitiéndole, suavemente, ya pasó querida, ya pasó. Sentados en el piso, se quedan un buen rato abrazados en silencio. No se dicen nada. Aunque ninguno de los dos quiere llorar, sienten que sus ojos lo hacen por cuenta propia. Pasados unos minutos, ya más calmados, el Tira le pregunta si está bien, si no le hicieron daño. La hermana dice que no, que el anciano solo la hizo dormir. Es un viejo inofensivo, dice; desequilibrado pero inofensivo. Ni tanto, hermana, dice él. Habrá que denunciarlo a la policía. Y le cuenta cómo lo hizo marchar bajo el sol todos esos kilómetros con la amenaza que la iba a matar. Después le muestra el anillo —ella recién se da cuenta de que no lo tiene— y le dice lo del dedo y la oreja, y todo lo que sufrió pensando que eran de ella. Entonces el Tira se acuerda de que esos despojos humanos aún están en su chaqueta, y entiende por qué en el balcón John y Yoko, vueltos hacia adentro, enarcan el cogote inquietos.

No hay nada más placentero que una buena meada bajo la ducha, piensa el Tira en el baño de la oficina. Agotado como está, se queda largo rato bajo la regadera. Al salir, se sorprende de hallar a la hermana hablando por el móvil. Pensé que el anciano se había llevado su teléfono, le dice. Yo también lo pensé, pero no, simplemente lo apagó. Al ver a la hermana más repuesta, el Tira le propone ir a hacerle una visita al secuestrador. Si no lo vamos a denunciar por lo menos démosle un susto al viejo cabrón.

¿Por qué siempre tenemos que caer en el ojo por ojo, diente por diente?, critica la hermana.

Pero luego se da por vencida.

Tiene razón usted, oiga, habría que ir a verlo por lo menos para saber por qué lo hizo. Y se pone a buscar en sus libretas de apuntes de hace tres años, que es más o menos el tiempo, calcula ella, en que el caballero se asomó por la oficina. Si no me equivoco, dice él, fue por la época en que investigábamos el túnel de la cárcel vieja.

Exacto, dice la hermana. Y estoy segura de que, antes de hacer salir al anciano de la oficina, entre las anotaciones que alcancé a hacer, figura su nombre y su dirección.

En tanto la hermana hurga en su libreta, el Tira Gutiérrez, descoyuntado totalmente, dice que descansará un poco. Cuando la hermana encuentra los datos, al Tira le ha ganado el cansancio y, despatarrado en el sofá de terciopelo verde, ronca estruendosamente. Ella se lo queda mirando, lo besa levemente en la frente y, agotada también, se acomoda a su lado. Al rato ambos duermen abrazados. Si alguien los viera pensaría que son una pareja desmayada de hacer tanto el amor.

El reloj de los ingleses, a una cuadra del edificio, acaba de echar a rodar las seis campanadas de las seis de la tarde. El Tira y la hermana despiertan abrazados. No saben si los despertó el calor o los aleteos de cortejo nupcial de John y Yoko.

La hermana besa al Tira en la nariz. Ya tengo el nombre y la dirección del anciano, le dice. Se llama Pedro Andrade, vive en un edificio de la Gran Vía, piso 10, departamento 1003.

¿A qué hora iremos a verlo?

Primero bajemos al café a comer algo, dice el Tira, que ya me muerdo los codos de hambre. Se para a recoger su chaqueta tirada en el piso, pero se acuerda de lo que hay en sus bolsillos. Tiene que deshacerse de eso. Le dice a la hermana que se adelante, y él se mete al baño. Con un estremecimiento de repulsión, sin apenas mirarlos, toma los restos humanos y los deja ir por el remolino del wáter. La chaqueta la deja tirada sobre uno de los sillones.

Ya ha comenzado a oscurecer cuando salen del café para dirigirse al estacionamiento donde ella tiene su auto. Luego de pagar el importe, la hermana Tegalda enfila su escarabajo por calle Latorre para luego tomar por la Costanera Sur. Sin saberlo está haciendo el mismo trayecto que hizo él en el primer tramo de su marcha.

Mirando hacia la calle pegado a la ventanilla, al Tira Gutiérrez le parece que todo lo de la mañana fue solo un mal sueño, uno de esos sueños vívidos, como les llaman los neurólogos. Más bien una pesadilla vívida, se dice el Tira.

Al llegar a la dirección del secuestrador, encuentran la cuadra acordonada. Los carabineros tratan de mantener alejados a los curiosos. A media cuadra, frente al edificio, se ven policías de la PDI tomando medidas.

La hermana sigue de largo y busca dónde estacionar. Encuentra un espacio a una cuadra y media más al sur. Estacionan y regresan a la dirección del secuestrador. Entonces se enteran de que hay un muerto tirado en el pavimento. Ellos dicen que viven en el edificio y los carabineros los dejan pasar.

Entre los policías de la PDI, la hermana trata de ubicar a su amigo, el detective colorín a quien conoció mientras investigaban el caso de El Muertito, el violador del cementerio. Aunque hace tiempo que no lo ve, de vez en cuando él la llama por teléfono tratando de sacarle una cita. Ella se hace la loca y le contesta citando alguna parábola de los evangelios.

Al ubicarlo se encuentra con una sorpresa: el otrora joven oficial ha sido ascendido y ahora es nada menos que subprefecto. Tras el beso de saludo —demasiado efusivo por parte de él—, la hermana le pregunta qué es lo que ha ocurrido.

El colorín se sorprende:

¿No les dijo nada el policía?

¿Qué policía? Dice la hermana.

Pero si hace media hora envié a uno de mis hombres a buscarlos.

¿Y eso por qué?

Porque el occiso en un momento los nombró a ustedes.

Hará cosa de una hora, dice el subprefecto, los vecinos del piso diez llamaron a la policía porque un anciano trastornado no había parado en toda la tarde de llorar y aullar y golpear las paredes llamando a gritos a su esposa muerta hace tres años. Se adujo, por la dirección de su domicilio, que se trataba del mismo individuo que meses atrás había interrumpido el velorio de una vecina reclamando que la que yacía en el ataúd era su esposa, y que por favor se la devolvieran; y unos días después un sepulturero lo sorprendió en el Cementerio General cavando la tumba de su mujer a pala y picota, y cuando en el interrogatorio se le preguntó el porqué, dijo que ya era hora de que su esposa volviera a casa. Tomando en cuenta estos antecedentes, yo mismo me hice cargo y me vine con dos policías a ver qué pasaba. El asunto es que al llegar al departamento y echar la puerta abajo, pues no nos quiso abrir, lo encontramos aullando y

llorando a gritos abrazado a un maniquí sin cabeza y vestido con las ropas de la finada. Al vernos entrar, y antes de que le preguntáramos nada, el hombre se puso una boina vasca y, en una perorata sin sentido, comenzó a decir que sí, que él había sido, y que hizo lo que hizo por venganza, porque el hijo de mala madre lo había tratado mal, por eso lo castigó de ese modo, para que supiera qué se sentía perder a la mujer que uno ama —en mi caso a la única mujer que tuve en la vida—, y que la idea primaria para asustarlo era usar alguna prenda como prueba de que tenía a la señorita en su poder, pero luego se acordó de un conocido que trabajaba en la morgue y se le ocurrió, para que sufriera aún más el desgraciado, encargarle un dedo y una oreja de mujer a cambio de un fajo de billetes. Ustedes saben, decía, que en la morgue se hacen clases de autopsia a los futuros médicos, clases en las que se ocupan cuerpos de personas que nadie ha reclamado y cuyos restos después van a una fosa común, por lo tanto es algo muy fácil hacerse de algún despojo de esos cadáveres. Y resultó una muy buena idea, mis queridos policías, dijo, pues con el dedo y la oreja de una muerta de verdad, cómo habré hecho sufrir a ese carajo, a ese hijo de mala madre que se atrevió a insultarme. ¡Cómo marchaba desesperado por las calles el cabrón, mientras la gente se burlaba y se reía de él! Ja. Lo digo porque lo vi, porque no pude resistir la tentación de ir a mirarlo cuando subía hacia las Ruinas de Huanchaca, y luego las emprendía hacia la animita. No sabía el cabrón que allá lo esperaba lo mejor de su castigo, pues le saqué la cabeza al maniquí, compré una peluca y le mandé a hacer una moña igual a la de las canutas que andan cantando por la calle. Nosotros lo escuchábamos hipnotizados. Y toda esta sarta de incoherencias la remató el viejujo diciendo que no se arrepentía en absoluto de haberle hecho eso que le hizo al insolente hijo de mala madre, y que se lo volvería a hacer un millón de veces. Entonces se me ocurrió preguntarle a qué insolente hijo de mala madre le había hecho eso que le hizo. El viejo me contestó muy ufano: a ese investigador de pacotilla y a su novia, la señorita Tegualda. Recién entonces caí en la cuenta de que se trataba de ustedes. Y sin solución de continuidad, el policía les pregunta a boca de jarro:

¿Son novios ustedes?

El Tira y la hermana se miran sin decir nada. El policía, turbado, dice bueno no tengo por qué meterme en sus vidas y sigue contando. De pronto, dice, cuando el abuelo nos tenía hipnotizados con su perorata, ahora narrándonos la desconsolada historia de su esposa muerta, se paró de repente y, abrazado al maniquí, se lanzó por la ventana sin que nosotros alcanzáramos a hacer nada.

El subprefecto termina de hablar y saca una cajetilla de cigarrillos importados («de los que confiscan a los contrabandistas», piensa el Tira), enciende uno, expira el humo por boca y narices, se queda mirando a la pareja por unos segundos y dice:

Ahora viene le pregunta del millón: ¿Qué monos pintan ustedes en este embrollo?

Cuando el Tira va a comenzar a contarle lo sucedido, el policía lo para en seco.

Aquí no, dice. Me temo que tendrán que hacer su declaración en el cuartel.

Acompáñenme.

Son cerca de las doce de la noche cuando el Tira Gutiérrez y la hermana Tegualda abandonan el cuartel de la PDI. Salen por la puerta de la calle San Martín y se echan a caminar en silencio. En la plaza Colón toman un colectivo para ir a buscar el escarabajo que dejaron estacionado a cuadra y media del domicilio del suicida. En el colectivo, aunque son los únicos pasajeros, ninguno de los dos habla.

De vuelta en el escarabajo amarillo de la hermana aún guardan silencio. Ella maneja sin mirarlo. Él viene vuelto para la ventanilla. De pronto, para limar ese silencio filoso, el Tira reflexiona en voz alta, es increíble, dice, cómo un par de palabras a la ligera, sin siquiera pensarlas, pueden herir tan profundamente a alguien y causar tanto daño.

La hermana se detiene ante una luz roja. Vuelve la cabeza hacia él. Mira un rato su perfil recortado contra la ventanilla y luego, sin ese tonito que le da a los versículos bíblicos, dice que hay palabras que dan vida y palabras que matan. También hay palabras bumerang, dice el Tira, sin voltear la cabeza, palabras que se devuelven en el aire y golpean en pleno hocico al que las lanzó.

La hermana asiente con la cabeza y, con la vista clavada de nuevo en el semáforo, dice, en forma quedita: ¿Sabe qué, oiga?, mientras estuve encerrada pensando que iba a morir trozada en rodajas, me hice una promesa a mí misma.

El Tira la mira compasivo.

¿Y qué se prometió, hermana?

Ya que Dios no oía mis plegarias —dice mirándolo de reojo— me prometí que si llegaba alguien y me rescataba, renunciaría a mi fe evangélica y, convertida en una mundana cualquiera, me iría vivir con mi rescatista. Amancebada y todo.

El Tira se la queda mirando con ternura. Luego, tras un momento de vacilación, opta por contarle que él también hizo una promesa, pero no a sí mismo, sino a Dios.

¿Una promesa a Dios? La hermana abre mucho los ojos. ¿Y qué promesa fue la que hizo, oiga?

Que si me otorgaba la gracia de hallarla a usted con vida, iría a su iglesia y pediría que me bautizaran. O sea, me haría evangélico.

En esos momentos van llegando a la casa donde vive el Tira. La hermana encuentra un lugar para estacionarse dos casas más allá. Detiene el auto.

Un perro que dormitaba en un antejardín comienza a ladrar.

La hermana Tegualda apaga el motor. Lo que ha dicho el Tira de verdad la ha emocionado. Tiene los ojos humedecidos. Urgida, saca un pañuelo de papel y se los enjuga.

El Tira Gutiérrez le besa los párpados y la queda mirando. La mira como la miró por primera vez. ¡Cómo quiero a esta mujer, carajo! Tras unos segundos de silencio, le pregunta, expectante: ¿Y piensa usted cumplir su promesa, hermana?

Ella cambia de hombro su moña y, en vez de responder, hace una contra pregunta: ¿Y usted, oiga, cumplirá la suya?

El Tira Gutiérrez da un resoplido a su mechón blanco. Quiere decir que él preguntó primero, pero opta por seguirle el juego y responde con una tercera pregunta.

¿Usted qué cree, hermana?

Ella pierde dos segundos en reaccionar...

Él entonces le toma la cara con las dos manos, la besa suavemente en la boca y se baja del auto.

Hasta el lunes, hermana.

El escarabajo amarillo ronronea, hace parpadear sus luces y arranca calle abajo. El Tira se lo queda mirando. Parado en la vereda, lo sigue con la vista hasta que su silueta ovalada se pierde en la noche antofagastina.

El perro ha dejado de ladrar.

Edición en formato digital: abril de 2021

© 2021, Rivera Letelier, Hernán

© 2021, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.

Merced 280, piso 6, Santiago de Chile.

Diseño de la cubierta: Random House Mondadori, S.A.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del «Copyright», bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ella mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 9789563842135

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

www.megustaleer.cl